



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

DON
QUIXOTE



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

5

PQ6323
RALD
v.3
1814

N
C419



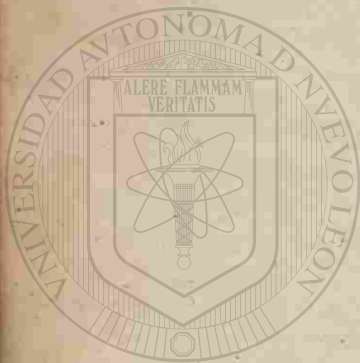


1080018947

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



EL INGENIOSO HIDALGO

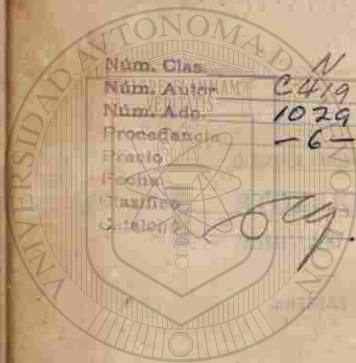
DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

—
PARTE PRIMERA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. N
Núm. Autor AM C419
Núm. Adm. 10291
Proces.ancel -6-
Precio
Fecha
Tas. libro
Categoría

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA,

COMPLETO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

SESTA EDICIÓN, CORREGIDA EN TODO A LA DE LA REAL
ACADEMIA ESPAÑOLA, SEGUNDA DE MEDIDA EN 1780.

Además del Juicio crítico ó Análisis del Quixote, el Plan
crimológico de sus viajes, la Vida de Cervantes, y los
documentos que la comprueban con profundidades en la dicha
edición de la Academia, se han añadido á esta las notas
críticas y vertidas al Don Quixote, escritas por el señor
Pellizer, Bibliotecario de S. M. etc. con hermosas láminas.

Está en venta en la librería de José María Masera.

PARTE PRIMERA.
TOMO III.

EN PARIS,

POR BOSSANGE Y MASON, calle de Turin, n.º

1814.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEON

10291

46585

PQ 6323

A1

v. 3

1814



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XX.

De la jamás vista ni oída aventura, que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.

No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedeece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya topáremos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda

111.

010291

PQ 6323

A1

v. 3

1814



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XX.

De la jamás vista ni oída aventura, que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.

No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedeece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya topáremos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda

111.

010291

causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quixote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su caso, despues de haber puesto sobre el los reliaves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á viento, porque la escuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna. Mas no habieron andado docientos pasos, quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hacia que parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les agüó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron, que daban unos golpes á compas, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á qualquier otro corazón que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de

la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando vieron, que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quixote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y abrazando su rodela, terció su lintón, y dijo: Sancho amigo, has de saber, que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Echos y Belanises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y hechos de armas, que estrechezan las mas claraz que ellos hicieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y con-

DON QUIXOTE,

4
 fino estruendo destas árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la lana (1), y aquel incesante golpear que nos hiere y lastima los oídos, las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á inundar miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pasa todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tengo de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: así que apréala un poco las cinchas á Rocinante, y quedate á Dios, y espérate aquí hasta tres dias no mas, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea,

(1) Alusión al río Nilo que, naciendo en la alta Etiopía, en el monte de la luna, según se creía antiguamente, (Plineo en Geograph. lib. II, al fin) se precipita con estruendo impetuoso por los cerros ó cascadas.

que su cautivo caballero murió por acometer cosas, que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo (1), y á decirle: señor, yo no sé porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos tocer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias: y pues no hay quien nos vea, mé-

(1) En este punto, como en otros muchos, imitó Don Quijote á Amadís de Gaula, que, siguiendo para la empresa de la última peña de la Doncella Encantada, dijo á Grandulú: yo quiero subir en esta roca... y por riesgo que me aguardará aquí hasta mañana en la noche, que yo podré venir; á favor de mí debe arriete cosa que yo, y si en esta comedia, al tercero día no tornare, podrás creer que mi Encanto no es fiero. Quando la aventura del Balazgo (que es un hombre mostrazo, que tiene el caballo en el cuerpo, y despellado la Jencia llamada del trielito, por haber en ella su residencia) entraron Anselmo en un valle de una encantada montaña y peña de muchas cavidades, dijo á su escudero: da voces, Grandulú, porque por ellos podrá ser que el Endriago de nosotros arriete; á riesgo mudo, que si algo muriese, procuras de llevar á mi señora Oriana mi corazón. Quando Gandalin esto oyó, no solamente dió voces, mas mirando sus cabellos, diciendo así grande gritos, desahogado me muero antes que ver la de quien soy señor, qué tanto amor! (Historia de Amadís lib. 3, cap. 35, y lib. 4, cap. 106)

nos habrá quien nos note de cobardes : quanto mas que yo he (a) oído predicar al Cura de nuestro Lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él : así que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro : y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser mantenido como yo lo fui y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto : y quando todo esto no meava ni ablande ese duro corazón, ni válele el pensar y creer, que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, quando yo de modo dé mi ánima á quien quisiera llevarla. Yo salí de mi tierra y dexé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas, y no menos ; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, para quando mas vivas las temia de alcanzar aquella negra y mal hadada Insula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della, me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non

se me haga tal desguisado, y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo aloménos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí quando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo (1) : Como puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna ? Así es, dixo Sancho, pero tiene el miedo

(1) La constelación, llamada por los astrónomos *Ursa minore*, y por los pastores *Bozón*, ó *Cabeza menor*, se sitúa de ocho estrellas, juchadas la del oeste ó polo. Alrededor de esta vulturan las otras siete, que forman la figura de la bocina, corno, ó colodrillo. Para conocer la hora se figura una cruz con sus brazos, y el brazo izquierdo y derecho, y en su centro la estrella polar. Esta cruz la figura también cualquier hombre extendiendo los brazos. En ella se marcan quatro puntos principales, y al pasar por ellos la boca de la bocina se conocen las horas de la noche con respecto á la estrella polar. En Agosto, que es quando parece sencilla esta abertura, está la boca de la bocina siempre de la cabeza de la cruz. Sucedió algo mas de la media noche en su brazo izquierdo de modo que desde entonces á ella fallan como tres horas.

muchos ojos y ve las cosas de baxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día. Falte lo que faltare, respondió Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero; y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y quan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de apro vecharse de su industria, y hacerse esperar hasta el día si pudiese, y así quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ámbos pies á Rocinante, de manera que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de

su embuste, dixo: ea señor, que el cielo como oviedo de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será cuajar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón. Desesperábase con esto Don Quixote, y por mas que ponía las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dixo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo lloré lo que alla tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced centado cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado quando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que lo esperaré. A que llamas apearse, ó á que dormir? dixo Don Quixote: ¡oy yo por ventura de

aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duermes tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viene que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mío, respondió Sancho, que no lo dixes por tanto, y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el mulo izquierdo de su amo, sin osarse apartar del un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes, que todavía alternativamente sonaban. Dixole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle como se lo había prometido: á lo qual Sancho dixo, que si le dexara el temor de lo que oía; pero con todo eso yo me esforzará á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano es la mejor de las historias, y esteme vuestra merced atento que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar, y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron á sus consejos, no fue así como quiera, que fue una sentencia de Catón Zaucorino Romano que dice: *y el mal para quien*

lo fuere á buscar (1), que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se asíe quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este, donde tantos miedo nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexáme á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un Lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba

(1) Esta sentencia sacada de la capitalidad de Sancho, que como bien prevenidas de palabras llenas Zamorinos á Catón Zaucorino. Realiza Cato (Día Quinto) y lib. V. f. 3.) dice tambien que los magistros y la gente realista empusaban los cuentos con esta estradilla: *Érase lo que era el mal que se oyo, el bien que se oyo: el mal para los meros, el bien para todos*, y añado que en esta indiana el dios de Platón (la Olympio C.).

Holium foras, intro divitias et acutiatas.

Esto es:

El mal voy fuera, y voygan adentro la salud y el dinero.

Y á Quinto Sexto Sarniano:

Dei fortuna potius nunc convertis in hanc.

Esto es:

Pero la fortuna padrono convertia el mal á puro contra los suegros (los meros).

cabras, el qual pastor ó cabrero, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora, que se llamaba Torralva, la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico.... Si desá manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo das veces lo que vas diciendo, no acabarás en diez dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las cosas, y yo no sé contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga cosas nuevas. Di como quisieres, respondió Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Así que, señor mío de mi ánima, prosigió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenía unos pocos vigotes, que parece que ahora la veo. Luego conocíela tú? dixo don Quixote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento, me dixo que

era tan cierto y verdadero, que podía bien quando lo contase á otro afirmar y jurar que la habia visto todo: así que, yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenía á su pastora se volviese en omecillo y mala voluntad, y la causa fue, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zellos que ella le dió, tales que pasaban de la raya, y llegaban á lo vejado, y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas: la Torralva, que se vió desdennada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esta es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, desdenar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendosus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los Reynos de Portugal. La Torralva que lo supo se fué tras él, y seguiale á pie y descalza desde lejos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un pedazo de espejo, y otro de un peyne, y no se que hitecillo de mudas (1.) para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen, que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella razon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca, ni barco; ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte; de lo que se enojó mucho, porque veía que la Torralva zonia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y

(1) Cálzate punticos con que las señoras se puntan las caras, enya vista era talavia mas comun en el siglo pasado que ahora. Y hácia una seguidilla, que habian de ser, de las inventadas en tiempo de Cervantes.

*A porfia se juntan
Y todos los danzas,
A porfia se juntan, y juntan
Todas las cosas.*

(General Cervos: *Armenia* Catalana, Biblioteca
vol. 1.º, t. 1.º, p. 160.)

conocéto con él, que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra del. Sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Quintas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo que diablos sé, respondió Don Quixote. He ahí lo que yo dixé, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se la acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Como pueda ser eso? respondió Don Quixote, ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió San-

cho, porque así como yo pregunté á vuestra merced, que me dixese quantas cabras habian pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mesmo instante se me fué á mi de la memoria quanto me quedaba por decir, y á fe, que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondió Don Quixote, que tu has contado una de las mas nuevas cosas, cuento, ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas se podrá ver, ni hallar visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te delcan de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé, que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las calañas (1). Acabe norabuena

(1) Este cuento se ve á la verdad original de Cervantes, pero aunque le varió y mejoró tanto, que le hizo suyo, tomó la sustancia de otro que se lee en: *La Cuento Nuevito* donde

donde quisiere, dixo Don Quixote, y venmos, si se puede mover Rocinante. Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos, y á estarse quieto: como estaba

unido, que se hallan al fin de 'Cuento Nuevito *uelto* *publicadas en Venecia año de 1572. Dico pues así la* *novela XXXI. temida del italiano en nuestra lengua.* *Tenia el señor Escudero un faldañer por que le con-* *tase cuentos en las noches largas del invierno. Sucedió* *que una noche tenía este cuento una pena extror-* *dinario de dormir, y el señor Escudero le insistió que* *le refiriese alguna historica. Y el escudero á referirle* *de un abdicano que, teniendo diez mancebos de oro, fué* *á una feria á comprar cerdos, en la qual le dieron dos* *por cada manada. Al volver está el ganado suyo, como* *hubiese crecido mucho el río con las lluvias. Dijo á su* *orilla, y vio á un pobre pescador que tenía un barco* *tan pequeño, que no cabia en él sino el abdicano y un* *pezco. Siempre pues el abdicano á pasar con un cerdo* *solo. El río era anegado, y el abdicano iba tirando el* *barco, y pasando. El señor Escudero le dijo: ¿puedes* *adivinar con el nombre? Y él respondió: ¿dónde que* *pasen los cerdos, y después le preguntó: ¿y supieras* *que me pasabas en un año, pudieses entretenerme desde* *á nuestro señor. El licenciado Alonso Fernandez de* *Avellaneda. Dada de Feo y novelo el cuento referido por* *Cervantes, cap. XXI. y libro y en cumplimiento cuenta el* *otro, que bota tambien de su banco, de una multitud de* *ganado, que tiraban no osamos que durasen en poner una* *á una por una puente muy angosta; pero le cuenta con* *una gracia, con mucho agüero, y con un estilo trivial y* *descabido. Su propósito dice que lo hizo para que se* *conociese la diferencia del uno al otro, y solo muestra que* *se cuenta la muchi que tira el amor propio á algunos* *peñascos.*

de bien atado. En esto parece ser, ó que el frío de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lentivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á el el vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fue, soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente, y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza, con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, diéron luego abaxo, y se lo quedáron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre durísimas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fue, que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto

podia: pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo Don Quixote y dixo: ¿que rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desaventuras nunca comienzan por poco. Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junio y cursido con él, que casi por linea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado, quando él finó al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dixo: pareceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondió Sancho: mas en que lo echas de ver vuestra merced ahora mas que nunca? Eso que ahora mas que nunca huelas, y no á fumar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra

merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retirate tres ó quatro allá, amigo, dixo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menasprescio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced, que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es menearlo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En estos colmogos y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho, que á mas andar se venia la mañana, con mucho viento desbó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se rió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corréta, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues Don Quixote, que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer disimuladamente las cosas, y vió Don Quixote que estaba entre unos árboles altos, que eran

castaños, que hacen la sombra muy escu-
ra: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo espuelas á Rocinante, y tornandó á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornó á referir el recado y embaxada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dexado hecho su testamento antes que saliera de su Lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, yata por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida Insula. De nuevo tornó á llamar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dexarle hasta el ultimo tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca

el autor desta historia, que debía de ser bien nacido, y por lo ménos christiano viejo; cuyo sentimiento enrieció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna; antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíle Sancho á pie llorando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, diéron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que unas parecían ruinas de edificios que caían, de entre las quales adviéron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quixote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también á Dios

que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, quando al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y pura ellos espantable ruido, que tan suspenso y medroso toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció y pasóse de arriba abaxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse; y como vió Sancho, que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los pu-

ños por no reventar (b) riendo. Quatro veces se cayó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote; y mas quando le oyó decir, como por modo de fiera: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra ciudad de buero para resucitar en ella la dorada ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos hechos: y por aquí fué repitiéndolo todas ó las mas razones, que Don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote que Sancho hacia burla del, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlas, no me burlo yo, respondió Don Quixote. Venid acá, señor alegre, parécenos á vos, que si

como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo tratado el ánimo que convenia para emprenderla y acallarla? Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sonos, y saber quales son de batan ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las herbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no diere con todas patas arriba, haced de mí la burla que quisierdes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo riendo en demasia; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta: ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? aloménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no lo conozco, ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo, respondió Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. Alménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza, y dándome en las espaldas: gracias á Dios, y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas, ó Reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dices viniese á ser verdad: y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas, y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en quantos libros de caballerías he leído que son infimos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el

tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas: si que Gaudalu escudero de Amadís de Gaula, Conde fué de la Insula firme, y se lee del, que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. Pues que diremos de Gasabal, escudero de Don Galsor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es necesar hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelajo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el contrario: las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegad á su tiempo, y si no llegaren, el salario alménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien quanto vuestra merced dice, dixo Sancho, pero querria yo saber (por

si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) quanto ganaba un escudero de un caballero andando en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albanil. No creo yo, respondió Don Quixote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced, y si yo ahora te lo he señalado á ti en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas pensase mi ánima en el otro mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro, que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Dess manera, replicó Don Quixote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque

despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

Es esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal ahorrécimiento Don Quixote por la pasada buela, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano, diéron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De allí á poco descubrió Don Quixote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba, como si fuera de oro, y aun él apenas le habia visto, quando se volvió á Sancho y le dixo: pareceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias

sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente a quel que dice: donse una puerta se cierra, otra se abre. Dícolo, porque si anoclie nos cerró la ventura la puerta de lo que buscábamos, cagándonos con los hatanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, una será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de hatanes, ni á la oscuridad de la noche. Digo esto, porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino (1) sobre que yo luce el juramento que sales. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dixo Sancho, que no querria

(1) Yelmo encantado, que hizo invulnerable el Rey moro Mambrino que le usó: y sus Gracías, Rey también de moros, por su fama ó potencia, que por su padre mató á Rey moros que le llevaba questo, y se lo habia quitado á Mambrino, como dice Mateo Boyardo (Olanda Finamorada: lib. 1.º, cant. 4.º) segun la traducción de Francisco Carrillo de Villena:

El fuerte Sacrosanto
Con gran furor le dá un golpe de espada,
A que amortecido el Paladino,
Que jamas volvió tan gran porrada.
Por el yelmo encantado de Mambrino
Todo está vez la vida asegurada.

que fuesen otros hatanes que nos acabasen de hatanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó Don Quixote, que vá de yelmo á hatanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe, que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera, que se engañaba en lo que dice. Como me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dixo Don Quixote: dime ¿no ves aquel caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo (c) veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues eso es el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote: apartate á una parte, y déxame con él á solas, verás quan sin hablar palabra, por ahorrarte del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mí el yelmo que tanto he deseado.

Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, tome á decir, que orejano sea, y no hatanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis, ni por pienso mas eso de los

batanes, dixo Don Quixote, que voté... y no digo mas, que os baltó el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto, que le había echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el caballo, y caballero que Don Quixote veía, era esto, que en aquel contorno había dos Lugares, el uno tan pequeño, que ni tenía botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, si, y así el barbero del mayor servía al menor, en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo qual venía el barbero, y traía una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venía, comenzó á llorar, y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraaba: venía sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fué la ocasion que á Don Quixote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veía, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballescías y mal andantes pensamientos: y quando él vió que el pobre caballero llegaba cerca,

sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon baxo, llevándole intencion de pasarle de parte á parte: mas quando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dixo: defiéndete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni tenerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dexarse caer del asno abaxo, y no hubo tocado al suelo, quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dexóse la bacía en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al Castor, el qual viendo acosado de los cazadores, se tiraba y cortía con los dientes aquello, por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que atase el yelmo, el qual tomándole en las manos, dixo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una

parte y á otra, buscándole el encaxe, y como no se le hallaba dixo: sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyó llamar á la hacia celada, no pudo tener la risa, mas vinole á las niétras la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De que te ríes, Sancho? dixo Don Quixote. Ríeme, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacia do barbero pintaparda. ¿Sabes que imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo éconocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece hacia de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco, no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo y forjó

el Dios de las herrerías para el Dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas que bien será bastante para defendirme de alguna pedrada. Eso será, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le antiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo bresle, que me hizo vomitar las usaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora: quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez mantecado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal christiano eres, Sancho, dixo oyendo

esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábeto que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. Que piú sacaste coxo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvidó aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue, y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los Griegos por la robada Elena: la qual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuvieran tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro, y le puso en las nubes, y dixo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en véras; pero yo sé de qué calidad fueron las véras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dexando esto á parte, dígame vuestra merced, que haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dexó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa, y cogió

las (i) de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dexarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, dexa ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño no vea alongados de aquí, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mío, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dexar trocar un asno por otro, y querría saber, si podria trocar los aparejos si quiera. En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quixote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi hermana persona, no los hubiera menester mas:

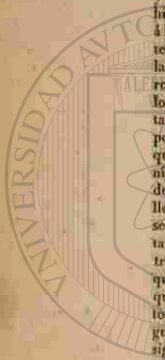
(i) Esto es: Jan valzari.

y luego habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio caparum*, y puso su yumento á las mil lindetas, dexándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorraron de las sobras del real que del acémila despojaron (1), bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirarlos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habían puesto, que cortada la cólera y aun la melancolía (2), subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de locomante quiso (3), que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él, á la ventura, sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando,

(1) *Metélos á unaga de sus soldados, que despojados el real á campo de sus enemigas, ónde acudir hallar abundancia de provisiones.*

(2) *Como Néstor, que se fué á más andar por el desierto de Berberia (Fuero de Caballeros) lib. 2, cap. 28.) y como el Caballero del Pico, que dexó la viruela al caballo, para que saliese á la parte, que mas se valiente quisiese. (P. II, lib. 2, cap. 4.)*

dixo Sancho á su amo : señor ; quiero vuestra merced darne licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograse. Difa, dixo Don Quixote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso, si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte le considerado, quan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun Emperador, ó á otro Principe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas, y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



servirémos, por fuerza nos ha de remunerar á cada qual segun sus méritos: y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque se dicie, que si se usa en la caballería escríbanse hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre reuelones. No diceis mal. Sancho, respondió Don Quixote; mas antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama, tal que quando se fuere á la Corte de algun gran Monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y ruiden dando voces, diciendo: este es el caballero del Sol (1), ó de la Sierpe (2), ó de otra

(1) El mismo así, porque trae en el escudo un sol fijo, como en algunas medallas. Intitulacion en *Palmerin de Oliva*. (Cap. 42.)

(2) En la edición primera de 1605, se dice *de la Sierpe*; pero en la del año de 1614 cambió el autor, *de la Serpiente*, porque quiso aludir á *Escuderos*, llamado el *Caballero*

insignia alguna, debajo de la qual lubiere acabado grandes hazañas. Este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigante Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años: así que de mano en mano irán pregonando sus hechos y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las ventanas de su Real Palacio el Rey de aquel Reyno: y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea sus (3), salgan mis caballeros quantos en mi Corte están á recibir á la flor de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro (4), y luego le lleva-

de la Serpiente, como se ve en las esp. 124. y 125. *El Rey* quiere decir *Reino*, y el *Escudero* *Serpiente*, que la *Justa de la gran Serpiente* *marinos y señores*, etc.

(3) *Anteriores ya venidos*, que viene del *adverbio* *venire* = *venir*.

(4) Así como le da á *Don Quixote* con el *donde* *Explicacion* que le *teno por la cabeza*, y *le llevo á él*, y *beso en la faz*. (Avenida de *Guada*: 222. 127.)

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CENTRAL

"ALFONSO XERES"

ALFONSO XERES

10291

rá por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que há de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas, que en gran parte de lo desonbierto de la tierra á duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa más divina que humana, y sin saber como, ni como no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber como se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algún quarto del Palacio ricamente aderezado, donde habiéndote quitado las armas, le traerán un rico mantón de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en forseto (1): venida la noche cenará con el Rey, Reyna, é Infanta, dando nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circustantes, y ella hará lo mismo con la misma sagaci-

(1) Ver italiana y judío en castellano.

dad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella: levantarse han las talas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un frío y pequeño enano (1) con una hermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que él que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el Rey, que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas, por haber puesto

(1) *Fernán con la doncella* lo dice en el cap. 67.º p. 11. de Amadis de Grecia; *dos enanos son fees, que espantan porras*. De los libros de caballerías se introduxo acaso primero en los jaldinos de los reyes y quando saltó la moda de los castos y de las reatas, que tanto pidió en España Felipe III, tenía una de entradas papales, llamado Simón Bascón, á quien hizo un epitafio Don Luis Gongora, que se halla al fin de sus conrazos, y á quien cierto autor nuestro dedica su libro; *Simón* que no entrabas en delicatías; *aguarda* que Pedro Arciniegas habia dedicado el suyo á una monja. Nació este enano por los años de 1570, según dice el *Decreto* del Obispo de Vigueria, que para su perpetua le llama *simon de oraxico, vicario de sila*; y desta tambien dedícala su libro, dignísimole por su Meteca. (*El Pasajero* : l. 33.)

y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es, que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tiene una muy refida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero Inúsped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortosamente las manos por la merced que le hace: y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas de un jardín que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas veces la habia hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia (1). Suspirará él, desmayaráse ella, trerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no quería que fuesen descubiertos por la hora de su señora: finalmente la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas

(1) Así Orina por medio de su doncella y confidente Melibea habilita á Amadís de Gaula por una reja de hierro para salir á la corte. (Cap. 12.) Así el Caballero de la Cruz fue á hablar con la Infanta Ambiana por las rejas de las ventanas del jardín, y por medio de Germano, su doncella, se prometióse los dias por su marido y mujer. (Cap. 146.)

manos por la reja al caballero, el qual se las besará mil y mil veces, y se las besará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogará la Princesa que se detenga lo ménos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reyna, y de la Infanta: dícenle, habiéndose (e) despedido de los reyes, que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifestado de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vésele á decir á su señora, la qual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linaje de Reyes ó no: asegúrala (f) la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la

de su caballero sino en sujeto (*g*) Real y grave: consuélese con esto la cuidada, y procura consóllese por no dar malindicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: yuelve á la Corte, ve á su señora por donde suele, conciertase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios: no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso Rey de no sé que Reyno, porque creo que no debo de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la Infanta, queda Rey (*s*) el caballero en dos palabras. Aquí entra luego

(5) Así Lucerna, ó sea á Bernardo del Carpio.

*Pero sacóse mi padre, ya de león
 soy Rey en Lombardia coronado,
 Y pardo bien, señor, de aquí decíste
 Que aferró con el ceño de sacriote.*

(Garcila: cant. 36, ó. 84.)

el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal (*r*). Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho, á eso me atengo (*s*), porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose: *El Caballero de la Triste Figura*. No lo dudes, Sancho, replicó Don Quixote, porque del mesmo modo y por los mesmos pasos que esto ha contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores: solo falta ahora mirar, que Rey de los christianos, ó de los paganos tengan guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes.

(1) Esto pide, que trasgale esta el autor, de las empresas, aventuras y fines que se proponian en ellos los caballeros andantes, se pudiese extender y cultivar con mayor numero de aventuras y pargos de los libros caballerescos, á que alude para ridiculizarlos, pero se omite por estar prolija.

(2) Muéstrase aquí Sancho tan capulloso en las algaras esperanzas de su amo, que se olvida de que estaba casado y con hijos en su tierra.

que se acuda á la Corte. Tambien me falta otra cosa; que puesto caso que se halle Rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podía hallar, que yo sea de linaje de Reyes, ó por lo menos, primo segundo de Emperador: porque no me querrá el Rey dar á su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad, que yo soy hijo-dalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto, ó sexto nieto de Rey: porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo, unos, que traen y derivan su descendencia de Principes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides: otros tuvieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia, en que unos

fueron,

fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron, y podria ser yo destes, que despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande, y famoso, con lo qual se debia de contentar el Rey mi suegro quis hubiere de ser: y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aquí entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, diro Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor quadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos: digolo, porque si el señor Rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa, y trasponella; pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del Reyno, el pobre escudero no se podrá estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su muger, se sale

III.

con la Infanta, y el pasa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa: porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legitima esposa. Eso no hay quien lo quite, dixo Don Quixote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dexar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondió Don Quixote, como yo deseo, y tu, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo christiano viejo soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote, y quando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres, ni me sirvas con nada, porque en haciendote Conde, cántate ahí caballero, y digan lo que dixeren, que á buena fe que te han de llamar Señoría mal que les pese. Y mentas, que no sabria yo autorizar el tirado, dixo Sancho. Dicitado (k) has de decir, que no tirado, dixo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo, que le sabria bien acomodár, por que por vida mia, que un tiempo fui moñidor de una cofradía, y que me asentaba tan

bien la ropa de moñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma cofradía. Pues que será quando me ponga un ropón de cal acuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de Conde extranjero? Para mi tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dixo Don Quixote, pero será menester que te rapas las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se oclará de ver lo que eres. Que hay mas, dixo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle salariado en casa, y aun si fuere menester le hare que ande tras mí, como caballero de Grande. Pues como sabes tú, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan detras de sí á sus caballeros? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la Corte, y allí vi que paseñóse un señor muy porreño, que decian que era muy grande (1), un hombre

(1) ¿Quien era este señor? Por las señas que dá Sancho, qualquiera conjeturara que era Don Pedro Gilroy, conde de Ghona, yrey primero de Sicilia, y después de Nápoles, Criseo en las guerras de Flándes, donde hizo muchas

le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo; pregunté que como aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél. Respondióme que era su caballero, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales (1); desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razón, dixo Don Quixote, y que así puedes tu llevar á tu

escolpón, porque desde año pasado se instituyó en armería militar y escuela de armas, como se ve en la comedia intitulada "Las Víctimas del Duque de Osuna". El gobierno de es "Virreinato de Nápoles", dando á los reyes una gran plaza civil, un valor extraordinario y guerra militar, especialmente contra los turcos, se formó en la historia, que tampoco olvidó la parte que tuvo en sí un secretario Don Francisco de Quevedo y Villagrá. Estas grandes, y la nobleza y superioridad de su obra, le hacen un ser muy grande; y la naturaleza le hizo un soldado muy perfeccionado en el hecho que era pensión de campo. En consecuencia filio Domingo Antonio Parrino, hablando de las calidades del Virrey) él fue uno de los hombres grandes de su siglo, que de propósito, se tenía otra vez que la escritura. El gobierno me heva, dice de la historia. (Exceso de las Gobernanzas de las Ferreyas de Nápoles: libro II, p. 119.)

(1) Esta era en el año la costumbre en tiempo de Cervantes. Quando salgo el soldado fuera de casa á pelear, á llevar alguna victoria, ha de ir el caballero detrás á caballo, desde el año en que Don Miguel Velaz en un título de sercir á Príncipe. (fol. 54.)

barbero, que los unos no vímonos todos juntos, ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero Conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de mas confianza el haver la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey; y el hacermé Conde. Así será, respondió Don Quixote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor Árabe y Manchego en esta gravísima, altisonante, místima, dulce é imaginada historia, que despues que entro el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho

le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo; pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballero, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales (1); desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razón, dixo Don Quixote, y que así puedes tu llevar á tu

escoleros, porque desde año pasado se instituyó en esta corte un colegio de caballería, como se ve en la comedia intitulada "Los Villanos del Duque de Osuna". El gobierno de es "Virreyato de Nápoles", donde se crió un orden de caballería civil, en valor extraordinario y parte militar, especialmente contra los turcos, se formó en la historia, que tampoco olvidó la parte que tuvo en sí un secretario Don Francisco de Quevedo y Villanar. Estas prendas, y la nobleza y superioridad de su orden, le hacían un señor muy grande; y la naturaleza le hizo un soldado muy perfeccionado en el hecho que era profesión de campo. En una ocasión vino el Sr. Domingo Antonio Parrino, hablando de las calidades del Virrey) él fue uno de los señores grandes de su siglo, que se preguntó, si tenía otra cosa que le distinguiese. Él respondió que tenía diez de la vitana. (Extrato de las Gobernanzas de los Virreyes de Nápoles: tomo II, p. 119.)

(1) Esta era en otros la costumbre en tiempo de Cervantes. Quando salía el señor fuera de casa á caballo, á hacer alguna visita, iba de ir el caballero detrás á caballo, desde el año de diez. Don Miguel Xalpe en su "Tratado de servir á Príncipes." (fol. 54.)

barbero, que los unos no víéronlos todos juntos, ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero Conde que lleve tras sí su barbero; y aun es de mas confianza el haver la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey; y el hacermé Conde. Así será, respondió Don Quixote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor Árabe y Manchego en esta gravísima, altisonante, y miñana, dulce é imaginada historia, que despues que entro el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho

Panza su escudero pasaron aquellas razones, que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quixote alzó los ojos y vió, que por el camino que llevaban, venían hasta doce hombres á pie, enarriados como ceceñas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venían asimismo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pie: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido dixo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras. Como gente forzada preguntó Don Quixote: ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente, que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolución, replicó Don Quixote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad. Así es, dixo Sancho. Pues desta manera, dixo su amo, aquí encaja la execucion de mi oficio, de desfazer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la jus-

ticia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decirle la causa ó causas, por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió, que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia. Añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dixesen lo que desaba, que la otra guarda de á caballo le dixo: aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo este de detenerlos á sacarlas, ni á leerlas, vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren, y que si querran, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellas quexas. Con esta licencia, que Don Quixote se tomara, aunque no se la dieran,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA CENTRAL
CALLE 25 DE MAYO 1212
TELÉFONO 5031

010291

se llegó á la cadena, y al primero le preguntó, que porque pecados iba de tan mala guisa. El le (1) respondió, que por enamorado iba de aquella manera. Por eso no más? replicó Don Quixote. Pues si por enamorados echan á galeras, días ha que andara yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los míos fueron, que quise tanto á una canasta de colar atada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dexado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres pretios de gurapas, y acabóse la obra. ¿Que son gurapas? preguntó Don Quixote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el qual era un mozo de hasta edad de veinte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahíta. Lo mesmo preguntó Don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dixo: este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor.

¿Pues como? repitió Don Quixote ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dixo Don Quixote, que quien canta sus males espanta. Acá es al reves, dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda su vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: señor caballero, cantar en el ansia, se dice entre esta gente non santa, confesar en el tormento: á este pecador le diéron tormento y confesó: su delito era ser quatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenáron por seis años á galeras, amen de docientos azotes que ya lleva en las espaldas: y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aqui van, le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos, que tantas letras tiene un no como un si, y que harta venura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida, ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo

así, respondió Don Quixote, el qual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el qual de presto y con mucho desenfado respondió y dixo: yo voy por cinco años á las señoras curupas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígoles, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atrallado como galgo; pero Dios es grande, paciencia y basta. Pasó Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el qual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quixote condenando le sirvió de lengua, y dixo: este hombre honrado va por quatro años á galeras,

habiendo pasado las acambradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dixo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote; y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero decir, que este caballero va por alcahuete, y por tener gusmesos sus puntas y collar de heclucero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuete limpio no merecía el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser General dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necessísimo en la Republica bien ordenada, y que no le debía exercer sino gente muy bien nacida: y aun habis de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios; con numero deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se excusarian muchos males, que se causan por andar este oficio y exercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son muggerillas de poco mas á ménos, papecillos y trubanes de pocos años y de poca experiencia, que á la mas

necesaria ocasion, y quando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha (1). Quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la Republica habian de tener tan necesario officio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo ahora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la

(1) De la misma peligrosa epístola era un poeta contemporáneo de nuestro autor, que escribió un elogio de la alcahuetería, desde su boca estas versos:

No me espanto á fátiga, si me dolieren
 Estas acciones espaldas almorzadas.
 Tu gusto es veneno y es salud primera.
 Un castigo á laerte y diligente.
 Se habla de hacer para atorgar el grado,
 Y un colegio tambien para los genitros.

Biblioteca Real: cat. M. vol. 85, p. 713. Esta sermoneada doctrina repudiando el P. Fr. Juan de la Corda, que hablando de estos tercetos dice: *unida en este tiempo que es el de Cervantes, y rebeldía de algunas la opinión de que no es buena el estado del officio, no destituido por otros; como si por esto no fueran algunas del nombre de alcahuetas, etc.* (Vida publica de todos los estados de la muggera: tom. II, p. 364.)

ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrio, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dixo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aproveché nada este buen desco para dexar de ir afondo no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me dexa reposar un rato; y aquí torció á su llanto como de primero, y invole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á quatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante Don Quixote, y preguntó á otro su delito,

el qual respondió con no ménos, sino con mucha más gallarda que el pasado: yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay suuista que la declare: prótómese todo, saltó favor, no luvé dimeros, vine á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años: consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en vuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Esto iba en hábito de estudiante, y dixo una de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos came un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro: un poco venía diferentemente atado que

los demás, porque traía una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y des argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pie de amigo, de la qual descendían dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía baxar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote, que como iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenía aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de burlar. Que delitos puede tener, dixo Don Quixote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber más, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Se

ñor comisario, dixo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como vosce dice; y cada uno se de una vuelta á la rodanda, y no hará poco. Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladrón de mas de la marra, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia solrá alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no; Pues no te llaman así, embustero? dixo la guarda. Si llaman, respondió Gines, mas yo hare que no me lo llamen, ó me las pelara donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dónoslo ya, y vaya con Dios, que ya es colada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiero saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos púlgares. Dice verdad, dixo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que desatar, y dexa enpenado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso

pienso quitar (1), dixo Gines, si quedaren doscientos ducados. ¿Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tórmes, y para todos quantos de aquel género se han escrito, ó escribieren: lo que le sé decir á vosce, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y como se intitula el libro? preguntó Don Quixote. La Vida de Gines de Pasamonte, respondió él mismo. ¿Y esta acabada? preguntó Don Quixote. Como puede estar acabada, respondió él, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento, hasta el punto que esta ultima vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dixo Don Quixote. Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya sé á que sabe el bizcocho y el corbacho (2), respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras

(1) Desmentado.

(2) El rebosque ó latigo.

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE MEDICINA
CALLE DE SAN FRANCISCO, 10
41013 SEVILLA, ESPAÑA

de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil parecez, dixo Don Quixote. Y desdichado, respondió Gües, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dixo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellas señores no le diereñ esa vara para que maltratase á los poltrez que aquí vamos, sino para que nos guiasse y llevase adonde su Magestad manda; si no por vida de.... Basta, que podría ser que saliesen algun día en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor y caminenos, que ya es mucho regodeo este. Alá la vara en alto el comisario para dir á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quixote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuxiese algun tanto suelta la lengua, y volviéndose á todos los de la cadena, dixo: de todo quanto me habeis dicho, hermanos carisimos, he sacado

en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser, que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teniades: todo lo qual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y ana forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me lizo profesar en el órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y oprimos de los mayores; pero porque sé, que una de las partes de la pendencia es, que lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de dextaros y dexaros ir en paz, que no faltarán ozoos que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza

lizo libres : quanto mas, señores guardas, añadió Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplo, algo que agradeceros; y quando de grado no lo hagais, esta laza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario : bueno está el donayre con que ha salido á cabo de rato : los forzados del Rey quiere que le dexemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó si la tuviera para mandárnoslo : váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderocese ese hacia que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondió Don Quixote : y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal

herido de una lanzada, y avinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á Don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quixote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la qual apuntando al uno, y señalando al otro, sin disparalla jumas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya suchos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho

Sancho deste suceso, porque se le representó, que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la qual á campana herida soldria á buscar los delinquentes, y así se lo dixo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dixo Don Quixote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los gallores, que andaban alhorotados, y habían despojado al conusario hasta dexarlo en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dixo: de gente bien nacida es, agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofiende es la ingratitud: dígoles, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habeis recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quitó de vuestras cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su Caballero el de la Triste Figura, se le envia á encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta la-

mosa aventura, hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura (1). Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dixo: lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, y procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna can-

(1) El Diestraz á los presos los caballeros andantes, y enviallos á que se presentasen á sus señores, enviallos en el plazo de sus penas, y así entró en el Don Quixote, que en esta parte también á Amadís de Gaula, que, cuando venia al gigante Madrugue, le concedió la vida con condición: que había de hacerse cristiano y ser vasallo; que había de fundar en sus tierras iglesias y monasterios; y que había de soltar todos los presos que tenía en sus castillos, los qualis eran cinco; y había entre ellos treinta caballeros, y quaranta entre duques y condes; á quienes dixo Amadís quando llegaron á hacerle agradecer la mano que puso á la Reyna Urraca; y le dize así como los enviaba su caballero de la Triste Figura, y que le diesen las manos por él. (Lib. III, cap. 65.)

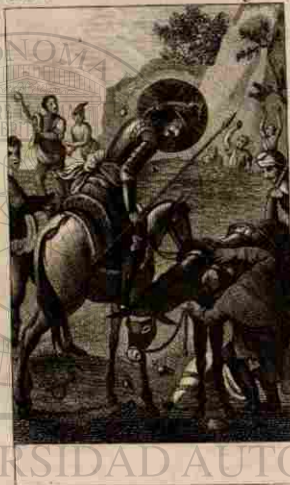
tidad de Are Marias y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo, ó reposando, en paz, ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dixo Don Quixote; (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena acuéstas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido, (estándo ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad) viéndose tratar (k) de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, quasi fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
 CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
 DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 CARRILLO DE LA PARRA, NUEVO LEÓN, MEXICO



de la nube y pedrisco que sobre entrámbos
 llovía. No se pudo escudar tan bien Don
 Quixote, que no le acertasen no se quantos
 guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que
 diéron con él en el suelo: y apenas hubo
 caído, quando fué sobre él el estudiante,
 y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle
 con ella tres ó quatro golpes en las es-
 paldas, y otros tantos en la tierra, con
 que la hizo (c) pedazos: quitáronle una
 ropilla que traía sobre las armas, y las
 medias calzas le querían quitar, si las grovas
 no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el
 gaban, y dexándole en pelota, repartiéndo-
 do entre sí los demas despojos de la ba-
 talla, se fueron cada uno por su parte,
 con mas cuidado de escaparse de la Her-
 mandad que temian, que de cargarse de
 la cadena, é ir á presentarse ante la se-
 ñora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron
 jumento y Rocinante, Sancho y Don Qui-
 xote, el jumento cabibaxo y pensativo,
 sacudiendo de quando en quando las ore-
 jas, pensando que aun no había cesado la
 borrasca de las piedras que le perseguían
 los oídos: Rocinante tendido junto á su
 amo, que tambien vino al suelo de otra

pedrada: Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad: Don Quixote mohinísimo, de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPÍTULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fúe una de las mas raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan.

VENOS tan mal parado Don Quixote, dixo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos, es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dixiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy Turco; pero pues dice, que si me hubiera creído se hubiera excusado este

daño, créame ahora, y se excusará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por quantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece, que sus saetas me zumban por los oídos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dixo Don Quixote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejar, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie, que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mentirás en ello, y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora te desnieto, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dixeres, y no me repliques mas, que en solo pensar, que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que diés y lemes, sino á los hermanos de los doce Tribus de Is-

rael, y á los siete Manchecos (1), y á Cástor, y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermanadas que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepaja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia, y sepa que, aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino sals en Rocinante, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame, que el calette me dice, que hemos menester ahora mas los pies que las manos. Subió Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas as-

(1) Así se lee en las primeras ediciones, pero acaso en el original del autor se leen *de carbos*, palabra fácil de equivocarse en la imprenta que ha de *mancharlos*; así la Historia eclesiastica se habla de siete hermanas *peritinas*, pero se cuenta que fueron *marabos*, y la hermandad mas famosa y conocida es la de los siete *Macabos*.

perezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscara. Animóle á esto haber visto, que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despena que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscáron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, aloménos todos aquellos que durase el matatage que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbré de la verdadera fe, todo lo guia, enisa y compone á su modo, ordeno que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la mesma parte donde habia llevado á Don Quixote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dexó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos,

y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe (1), y el remedio presente venga á lo porvenir. Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de huirse el año á Sancho Panza (2), no currimóse de Bociante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Panza, harróle su jumento, y antes que amaneciese, se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio, el qual viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fue de manera que Don Quixote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía: á hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, birnco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis (3) que ga-

(1) Así en todas las ediciones. Antes en el original del autor se decía: *de que se debe*.

(2) Véase una nota de D. Segura Parte cap. IV.

(3) Como yo corría entonces tanta la moneda, valian mas baratos los comestibles. En la *Historia* de Lope couvula á como la vieja Gerarda á otra vieja amiga suya, y testifica

nabas cada dia, mediaba yo mi despensa. Don Quixote que vió el llanto, y supo la causa; consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa de cinco que había dexado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, reempló sus sullozos y agradeció á Don Quixote la merced que le hacia, el qual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciánselo á la memoria los maravillosos acontecimientos

de distribuir quatro reales que le daba Lorenzo, criado de Don Hala el indiano, dice en la pag. 207: *Ac ayas lo solia una libra de comino caterec maravedis, medio de yaca sola, una onza de cho tocinno sin quarta, uno de carbon, de porrell y cebollas das macorellis, y quatro de asyrtanuco; es un real cabal, y paca tres reales de vino entre dos mageros de bien es muy para manifiesto; si no hay para dos yerbos, y aliado, del Dios de cuando los dios de la vida. Las reales de vino, valiendo á doce maravedis la azumbre? Es verdad que uno ablanda por las años de vida, quando recibia Gerarda la Segunda Parte, valia en la Corte el pan á real, y la libra de comino á quatro queros, si no estaba mal informado la muger de Sancho Panza en su carta á la duquesa. (Dps. LII.)*

que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los reliquias que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, sentado á la mugeriega (27) sobre su jumento, sacando de un costal, y embalsando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caido en el suelo, por lo qual se dió prisa á llegar á ayudarle, si fuese menester, y quando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxín y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; más pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease (e) á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo

roto



UNIVERS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
CALLE DE LA LIBERTAD
N.º 1000
SAN ANTONIO, COAHUILA DE ZARAGOZA



rota y podrida della vió lo que en ella había, que eran quatro camisas de delgada danda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y asi como los vió dixo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho, y buscando mas, halló un librito de memoria ricamente guardecido: este le pidió Don Quixote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbajando á la bodega de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote, dixo: pareceme, Sancho, (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaaminado debió de pasar por esta sierra, y saltándole maldadines, le debieron de matar, y le truxeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aquí este dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote, y así no adivino, ni doy en lo que esta pueda ser: mas espérate, veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que

descamos. Abrióle, y lo primero que halló en el escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho también lo oyese, vió que decía desta manera:

O le falta el amor concubinario,
O le sobra credulidad, á mi es en mí pena
Igual á la ocupación que me cuidaba
Al género mas duro de tormento.

Para el amor es Dios, es irracional
Que nada le mora; y su causa muy buena
Que un Dios no sea cruel. ¿Pues quien arde
El terrible dolor que ahora y nunca?

Si digo que soy vos, Fili, no acierto,
Que tanto más en tanto más no sabe,
Ni me viene del cielo esta rima.

Previo halago de morio, que es halago cierto,
Que al mal le quiere la fama no se sabe,
Milagros va a hacerle la medicina.

Por esa trova, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Que hilo está aquí? dixo Don Quixote. Paréceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dixé sino Fili, respondió Don Quixote, y esto sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del ar-

te (1). Luego también, dixo Sancho, se le entienda á vuestra merced de trovos? Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quixote, y verálo quando lleves mas carta escrita en verso de arriba abaxo á mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es, que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu, que de primor (2). Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que va hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quixote, y dixo: esto es prosa, y pa-

(1) Aquí se hallan Cervantes á sí mismo de responsable poeta, supuesto que el es autor de este soneto, que repulicó como antes en la tercera jornada de su comedia de la Casa de los Zelos, y *Selas de Academia*, en boca de B. y Galán, solo quien en el de Don Quixote se halla con Fili:

Si digo que soy vos, Fili, no acierto
y en el de la comedia se halla que Angulinas

Si digo que es Angulinas, no acierto.

(2) Poeta y músico fue con efecto Alvalde, caballero andante de la edad pasada; pero sus canciones no merecen escuela.

rece carta. Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dixo Don Quixote, y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decía desta manera:

Tu falta promesa y mi cierta desventura me llevan á parte, donde ántes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte, que las razones de mí que jás. Desecháste-me ¡ó ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara; no envidiara yo dichas agenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura; han derribado tus obras: por ella entendí que eras Ángel, y por

desempeño no menos de primor que de espíritu, como se ve por esta:

*Lamentada sin causa,
Dichos sobre todo ser:
Don causa no me meia
En tal culpa vuestro amor, etc.*

(Anales de Castilla, lib. II, cap. 36.)

ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que las engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste (f), y yo no tome venganza de lo que no dexo.

Acabando de leer la carta, dixo Don Quixote: ménos por esta que por los versos se puede sacar, mas de que quien la escribió es algun desdénado amante: y hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta sin dexar rincón en toda ella ni en el coxín, que no buscase, escudriñase e inquirese, ni costura que no desfiliese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él las halladas escudias, que pasaban de ciento; y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vo-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



mitar del bregaje, las bendiciones de las esteras, las puntadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebicua pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas causas, que debía de ser de algún principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido á algún desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar, siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía, iba saliendo un hombre de risco en risco y de mata en mata

con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrían unos calzones, al parecer de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes: traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguirle porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quixote que aquel era el dueño del coxín y de la maleta, y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease del (g) asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que toposen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta prisa se le había quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra mer-

ced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dixo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodaremos esta serrezuela, quizá toparemos aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuere el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir, y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el Rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió Don Quixote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño, casi de-

lante (1), estamos obligados á buscarle y volvérselo: y quando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalte, por la que á mí se me quitará si le halla: y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acotumbrado (A) jumento: y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfenada, todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del coxín. Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quixote, y rogóle que laxase donde estaban. Él respondió á gritos, que quien les había traído

(1) Este lugar, defectuoso en las ediciones primeras, sería sentido añadiendo estas palabras: *de aquí adelante*, ó estas otras: *si quisieramos d'implorar con el delarte.*

por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho, que llastase, que de tolo le darían buena cuenta. Baxó el caballero, y en llegando adonde Don Quixote estaba, dixo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa chondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: diganme: ¿han topado por allí su dueño? No hemos topado á nadie, respondió Don Quixote, sino á un coxín y á una maletilla, que no lejos deste lugar hallamos. También la halló yo, respondió el caballero, mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desmayo y de que no me la pudiesen por de burto: que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta al hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber como ni como no. Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la halló yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dexé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con encerro. Decidme, buen hombre, dixo Don Quixote, ¿sabéis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo

que sabré yo decir, dixo el caballero, es, que habrá al pie de seis meses poco mas ó ménos, que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil tallo y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo coxín y maleta que decís que hallásteis y no tocásteis: preguntámonos que qual parte desta sierra era la mas áspera y escondida: diximosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entráis media legua mas adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de como habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalámos, dexándonos á todos contentos de su buen tallo, y admirados de su demanda y de la priesa con que le vimos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entónces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decirle nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coceas, y luego se fué á la horrica del hato, y le quitó

quanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le induvimos á buscar casi dos dias por lo más elevado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos con la noticia que de ellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Salidnos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dixese quien era, mas nunca lo pudimos acabar con él: pedimosle tambien que quando hubiese menester el sustento; sin el qual no podia pasar, nos dixese donde le halláramos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos, y que si esto tampoco fuese de su gusto, que al menos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agra-

dejó nuestro ofrecimiento; pidió perdón de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En quanto lo que tocaba á la estancia de su habitación, dixo que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasión donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y qual le veíamos entónces, porque como tengo dicho, era un muy gentil y agradecido mozo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortésana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad; y estando en lo mejor de su plática, paró y emudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quodados y suspensos, esperando en que habia de parar aquel embalsamiento con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran



UNIVE

ÓNOMA

LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos, que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuevo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia, diciendo: ¡ah! fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste (1), estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen mandada todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadía otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámosle pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos zarzales y malezas, de modo que nos imposibilitó el aguilón: por esto competáramos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostraba el término

á que le habia conducido: todo lo qual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pelear á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza, porque, quando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas, y quando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y quatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallásemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la Villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabrémos quien es, quando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado, y entendid que el dueño de las prendas que hallásteis, es el mismo que vistes pasar con tanta ligereza, como des-

nudez: que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) el qual quedó admirado de lo que al caballero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenía pensado, de buscarle por toda la montaña, sin dexar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle: pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salía donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su traje era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió Don Quixote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traía, no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apesándose de Rocinante con gentil continente y donayre le fué á abrazar, y le

tuvo

tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, después de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuvo mirando como que quería ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resoncion, el primero que habló después del abrazamiento, fué el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DE la historia, que era grandísima la atención con que Don Quixote, escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto,

117.

nudez: que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) el qual quedó admirado de lo que al caballero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenía pensado, de buscarle por toda la montaña, sin dexar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle: pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salía donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su traje era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió Don Quixote que un colete hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traía, no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apesándose de Rocinante con gentil continente y donayre le fué á abrazar, y le

tuvo

tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, después de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuvo mirando como que quería ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolución, el primero que habló después del abrazamiento, fué el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DE la historia, que era grandísima la atención con que Don Quixote, escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto,

117.

señor, quien quiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con vos que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho; mas no quiero mi suerte darne otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de servirlos, tanto que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener, se podía hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarlo, buscarle con la diligencia posible, y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavia en consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas, y si es que mi buen intento mereciese ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en

esta vida mas habéis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades, como bruto animal, pues moráis entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro traje y persona: y juro, añadió Don Quixote, por la orden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de servirlos con las véras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El Caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar á de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y reírsele, y tornarle á mirar de arriba abaxo, y despues que le hubo bien mirado le dixo: si tienen algo que darne á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacó un Saco de su costal y el cabrero de su zurrón, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le diéron, como persona atontada, tan aprisa

que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia, que tragaba, y en tanto que comía, ni el ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron; y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poca desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dixo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la vanidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interrumpieris el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo haga, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto truxeron á la memoria á Don Quixote el cuento que le había contado su escudero, quando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, preguntó diciendo: esta prevención que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á

la memoria no me sirve de otra cosa, que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dexaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometió en nombre de los demás, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que le deben de haber florado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Lusinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía: á esta Lusinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que en poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



y no les pesaba dello, porque bien veían que quando pasaran adelante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas: creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció, que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y quantos villetes la escribí! ¡quantas regaladas y honestas respuestas tuve! ¡quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apartado, y que mi alma se consumía

con el deseo de verla, determiné poner por obra, y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi descao y mercedio premito, y fué el pedirselá á su padre por legitima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió, que me agradecia la voluntad, que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse ni darse á burto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaria razon en lo que decía, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dixese, y con este intento luego en aquel mesmo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixese palabra me la dió, y me dixo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hacerme merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un Grande de España, que tiene su Estado

en lo mejor desta Andalucía. Tomé, y leí la carta, la qual venia tan encarceida, que á mi mismo me pareció mal, si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas quando vi que mi padre me decia: de aqui á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y dá gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añado á estas otras razones de padre consejero. Llegóte el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díxtele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darme estado hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Fue en fin donde el Duque Ricardo estaba, fui del tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los

criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se bologó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando; mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el qual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me querria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me querria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta, que no se comuniqua, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dexaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desatino. Querria bien á una labradora vassalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en qual destas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reflexen á tal término los descos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo, y conquis-

tar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al Duque Ricardo su padre; mas Don Fernando como astuto y discreto, se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, á no tener encubierta cosa, que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así por divertirme y engañarme, me dixo, que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto la tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al Duque, que venia á ver y á ferir unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, quando movido de mi afición, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobava yo

por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Lucinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pudiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los mas firmes pensamientos, y quando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supiese en disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino appetite, el qual como tiene por último fin el delyte, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el qual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se restringieron sus amores, y si primero lingua querés auentat por remediarlos, ahora de véras procurá

raba uso, por no ponerlos en execucion.
 Dióle el Duque licencia, y mandóme que
 le acompañase: venimos á mi ciudad,
 recibíale mi padre como quien era, y
 yo luego á Luscinda, tornaron á vivir
 (aunque no habían estado muertos, ni
 amargados) mis deseos, de los cuales
 di cuenta por mi mal á Don Fernando,
 por parecerme que en la ley de la mucha
 amistad que mostraba, no le debía encu-
 brir nada: alabóle la hermosura, donayre
 y discrecion de Luscinda, de tal manera
 que mis alabanzas movieron en él los de-
 seos de querer ver doncella de tan buenas
 partes adornada: cumplíselos yo por mi
 corta suerte, enseñándoles una noche á la
 luz de una vela, por una y entana por donde
 los dos solamos hablarlos: viola en sayo
 tal, que todas las bellezas hasta entonces
 por él vistas, las puso en olvido: enmu-
 deció, perdió el sentido, quedó absorto,
 y finalmente tan enamorado, qual lo ve-
 réis en el discurso del cuento de mi des-
 ventura, y para entenderle mas el deseo,
 (que á mí me zelaba, y al cielo á solas
 descubria) quiso la fortuna, que hallase
 un dia un villano suyo, pidiéndome que la
 pidiese á su padre por esposa, tan discre-

to, tan honesto y tan enamorado, que en
 leyéndolo me dixo, que en sola Luscinda
 se encerraban todas las gracias de hermo-
 sura y de entendimiento, que en las de-
 mas mugeres del mundo estaban reparti-
 das: Bien es verdad, que quiero confesar
 ahora, que puesto que yo veia con quan
 justas causas Don Fernando á Luscinda
 alababa, me pesaba de oír aquellas ala-
 banzas de su boca, y comencé á temer (t),
 y á rezelarme del, porque no se pasaba
 momento donde no quisiese que tratáse-
 mos de Luscinda, y él movia la plática,
 aunque la truxese por los cabellos, cosa
 que despertaba en mí un no sé que de ze-
 los, no porque yo temiese reves alguno
 de la bondad y de la fe de Luscinda; pero
 con todo eso me hacia temer mi suerte lo
 mesmo que ella me aseguraba. Procuraba
 siempre Don Fernando leer los papeles
 que yo á Luscinda enviaba, y los que ella
 me respondía, á título que de la discre-
 cion de los dos gustaba mucho. Acertó
 pues, que habiéndome pedido Luscinda
 un libro de caballerías en que leer, de
 quien era ella muy aficionada, que era el
 de Amadis de Gaula... No hubo bien oído
 Don Quixote nombrar libro de caballerías,

quando dixo : con que me dexara vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Lusinda era aficionada á libros de caballerias, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis piutado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con sólo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo, y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustará la señora Lusinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discretiones del pastor Darincl, y de aquellos admirables versos de sus Bucólicas, cantadas y representadas por el con todo donayre, discrecion y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se embiende esa lilla, y no dura mas en hacerse la cunienda, de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de tres

cientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí, que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerias y de caballeros andantes, así es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un bien espacio la levantó, y dixo: no se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese, ó creyese, sino que aquel bellacozno del maestro Elisabat estaba

amanecido con la Reyna Madasima. En por voto á tal, respondió con mucha cólera Don Quixote (y arrojóle, como tenía de costumbre) y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir: la Reyna Madasima fue muy principal señora, y no se la da presumir que tan alta Princesa se hubia de amancebar con un escapotras, y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco: y yo se le daré á entender á pie, ó á caballo, armado, á desnudo, de noche, ó de día, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya había venido el accidente (1) de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oye-
ra, según le había disgustado lo que de Madama le había oído. Extraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenían sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentis y de bellaco con otros deuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos: tal golpe á Don Quixote, que le hizo

hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero que le quiso defender corrió el mismo peligro, y después que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dexó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado, que á quel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero, que ya lo había dicho, y que si él no la había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no les pusiera en paz, se licieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero, déxeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este,

que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, pelecando con él mano á mano, como hombre honrado. Así es, dixo Don Quixote, pero yo sé, que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvió á preguntar al caballero, si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Dixole el caballero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ó cuerdo, ó loco.

CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Beltrán.

DESPUESTR del caballero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento (*m*) de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, lo dixe: señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendición, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos, con los quales por lo menos hablaré y departiré todo lo que qui-

siere, porque quier vuestra merced, que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaban, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, latrillazos y pañadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quixote, tu maecres, porque to alee el entredicho que te tengo puesto en la lengua:dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será, y comenzando á gozar de ese alro conduto, digo que que te iba á vuestra merced en volver tanto por aquella Reyna Maginasa, ó como se llama? ó que ha-

cia al caso, que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se habieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fe, Sancho, respondió Don Quixote, que si tú supieras como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la Reyna Madasina, yo sé que dixeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron: porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una Reyna esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat que el loco dixo, fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reyna, y pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Gardeño no supo lo que dixo, has de advertir que quando lo dixo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dixo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le enca-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ESTE"
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

mió al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios colonda (1): puestas montas, que no se librara Cardenio por loco, Contra cuerdos y contra locos está obligado qualquier caballero andante á valer por la honra de las mugeres qualquiera que sea, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro como fué la Reyna Madasima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes, porque fuera de haber sido hermosa ademas, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué, y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aqui tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar, que ella era su mancha, y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todas las que tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo layuan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ó no, á Dios habran dado la cuenta: de mis viñas tampoco, no sé nada.

(1) Poeta.

no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo aiente: quanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuesen, que me va á mi? y muchos piensan, que hay tocinos, y no hay estacas, mas quien puede poner puertas al campo? quanto mas que de Dios dixerón. Yálame Dios, dixo Don Quixote, y que de necesidades vas, Sancho, ensartando. ¿Que va de lo que tratamos, á los refranes que enbilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aqui adelante entreméte en espolear á tu asno, y dexa de hacello en lo que no te importa: y entiendo con todos tus (a) cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago ó hicieré, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballeria, que las sé mejor que quantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de caballeria, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, el qual despues de hallado, quita le vendrá en voluntad de acabar lo que dexó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, aca-

hán donoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago saber, que no solo me tras por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra: y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfecto y famoso á un andante caballero. Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. En diligencia? dixo Sancho. Sí, dixo Don Quixote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas, que el famoso Amadis de Gaula fue uno de los mas perfectos caballeros andantes. No he dicho bien, fue uno: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el

mundo. Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dixeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimesmo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe: y esta mesma regla corre por todos los mas officios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las Republicas: y así lo ha de hacer y hacer, el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido Capitan, no pintándolos, ni descubriéndolos (1) como ellos fueron, sino como habian de ser, para dexar exemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debaxo de la lan-

(1) Con mas propiedad se dize descubriéndolos, y asi se dijo así en el original del autor.

dera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfección de la caballería: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué quando se retiró, desdenado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Belcebúsbros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descalcezar acerpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos (o), no hay para que se dexé pasarla ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus gudejas. En efecto (p), dixo Sancho, que es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan renombrado lugar? Ya no te he dicho, respondió Don Quixote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar justa-

mente al valiente Don Rollán, quando halló en una fuente los señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbó las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abráso chozas, derribó casás, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura: y pienso que yo no pienso imitar á Rollán, ó Orlando, ó Rotoledo (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo y pensó, haré el losquexo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitación de Amadis, que sin hacer locuras de dano, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dixo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿que causa tiene para volverse loco? ¿que dama le ha desdennado? ¿ó que señales le ha hallado, que le den á entender que la señora Dulcinea del Toso le ha hecho alguna injuria con Moro,

¿christiano? Allí está el punto, respondió Don Quixote; y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está designar un ocasión; y dar á entender á mi dama, que si en seco liago esto, que lúciera en mojado; quanto mas, que haria ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Tobsoso, que como ya oíste decir á aquel pastor de márras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que dexé tan rara, tan felice y tan no vista imitación: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual á mi fe se le debe, acabarse há mi sandez y mi penitencia, y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada: así que de qualquiera manera que respondas, saldré del conflicto y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me traerás, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traces bien guardado el yelmo de

Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, quando aquel desagrado le quiso hacer pedruzos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo qual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo quanto me dice de caballerías, y de alcanzar Reynos ó Imperios, de dar lasulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamaremos, porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma, debe de tener guero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda ahollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la horba en ella; si Dios me diere tanta gracia que algún dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el memo que demantes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto

entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo; que es posible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, neceidades y desatinos, y que son todas hechas al revés, y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una esterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó desfavorecernos, y así es lo que á ti te parece hacia de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fue rara providencia del saluo que es de mi parte, hacer que parezca hacia á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármelo; pero como ven que no es mas de un bacín de barbero, no se curan de procurarle, como se mostró bien en el que quisó rompelle, y lo dexó en el suelo sin llevarla, que á lo que si le conociera, que nunca él le dexara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y

quedar desnudo como quando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldán que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corría por su falla un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que lo miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos (7) y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destes montaraes árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. O vosotros, quien quiera que seáis, rústicos Dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oíd las quejas deste



UNIVERSIDAD

AUTÓNOMA

DE LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL

"ARCA DE MOISÉS"

CALLE DE SAN FRANCISCO, 100

desdichado amante, á quien una lengua ausencía, y unos imaginados zelos, han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que tenia por costumbre de habitar en las espesuras de los montes (así los ligeros y lascivos Sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturbéis jamas nuestro dulce sosiego) que me ayudets á lamentar mi desventura, ó aloménos, no os causeis de oílla (1): O Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura (así el cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle) que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha condeuido, y que con buena término correspondas al que á mi se le debe. O solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. O tu, escudero mio, agradable compañero en mis

(1) Imitacion de Garcilaso en la Egloga III.

prosperos

prosperos y aduersos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello: y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dixo: libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte: vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desalbardar al rucio, que á fe que no fallaran palmadicas que dalle ni cosas que deçille en su alhama: pero si él aquí estuiera, no consintiera yo que nadie le desalbardara; pues no habia para que, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo; quando Dios queria: y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partido y su locura de vuestra suerced ya de veras, que verá bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del

III.

9



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VALENCIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

racio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé quando llegare, ni quando volveré, porque en resolución soy mal cominante. Digo, Sancho, respondió Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo, que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estas en el cuento, respondió Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia: y sería yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido, y cosa contrabecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda co-

mo algodón, y dexene á mí el cargo, que yo diré á mi señora, que vuestra merced se las dabo en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quixote: mas quierote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contraveniente á las órdenes de caballeria, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de telasos, y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valedoras, sin que lleven nada del sofisticó, ni del fantástico: y será necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdíamos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo, y ruegote á vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito bregajo, que en solo oírle mentar, se me revuelve el alma, no que le el estómago; y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hasc, que ya las doy por



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



vistas y por pasadas en cosa juzgada, y dice maravillas á mi señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, según he oido decir. No entiendo que quiere decir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quina está en el infierno, nunca sale dél, ni puede; lo qual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mil los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le dió tales cosas de las necesidades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un gigante, aunque la halle mas dura que un alcoroaque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los ayres como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay espe-

ranza de salir dél, la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la Triste Figura: pero que harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote, y seria luceno, ya que no hay papel, que la escribiémos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria, donde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librito de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer Lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. Pues que se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió Don Quixote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se

traslada, dicen que la firma es falsa, y quedáremo sin pollinos. La libranza irá en el mesmo librito firmada, que en viéndola mi Sobrina, no pondrá dificultad en cumplirla, y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Fuero hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura.*

Y hará poco al caso, que vaya de mano ajena, porque á lo que yo me só acordar, Dulcinea no sabe escribir, ni leer, y en toda su vida no ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando, que usará jugar con verdad, que en doce años que ha que la quicó mas que á la sombra de estos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podrá ser que destas quatro veces no hubiese ell echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ya, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que merecé

ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra, como el mas forzado zagal de todo el pueblo: vivo el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á qualquier caballero andante, ó por andar que la tuviere por señora. ¡O hi de puta, que rejo que tiene, y que voz! Sé decir, que se puso un dia encima del campanario del alcaide á llamar á unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron, como si estuvieran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donayre. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desespararse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y quería ya verme en camino solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tracada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo al sol y al ayre: y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente, que la señora Dulcinea debía de ser alguna Princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del Vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las noticias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado que se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á buscar de rodillas delante della los venecidos que vuestra merced envía; y ha de enviar? porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrellando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riere (1) y enfadase del presente. Ya tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de inge-

nio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas quan necio eres tú, y quan discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber, que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo molton, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor (2), y un dia dixo á la buena viuda, por via de fraternal reprehension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo y tan idiota, como fulano (3), habien-

(1) Esto es, el superior del mismo molton, ó del liga suyo, que vive en comunidad de trabajo. Llámábanse entonces moltones los hijos del verbo *muelle*, *es, ser*, por *beraz*, como ahora, supuso la calera, y por *era* nombre femenino de *herir*, como se daba hazer á los hijos suatos. En la Real Biblioteca hay un códice Cat. Quexa. 361 que contiene los Actos é Informaciones que se hicieron en varios lugares para la canonización de S. Diego de Alcalá, y en que se halla en todo el capítulo Ambrosio de Marcha, que fue procurador especial de S. M., y en él se lee lo siguiente: *Y Excmo. Sr. Obispo, por via de impugnación, dize: que el dicho venecido al dicho fray Diego, segun dize fray molton.*

(2) Don Rodrigo Caro que foliaba y cotaba eran entre las gentiles dices de los muchachos: el uno por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do en esta casa tantos Maestros, tantos Presentados, y tantos Teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir, este quiero, aquello no quiero; mas ella le respondió con mucho donayre y desenvoltura: vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que lo parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra: si que no todos los poetas que alaban damas dexaron de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. Piensas tú, que las Amariles, las Filas, las Silvias, las Diamas, las Galateas (1); las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las

que los escuderos á hablar, y el otro á andar, y que se agita se dirá *serán fulano y tal* en esto es, más poetas de quienes nada sabemos, sino que hablan y andan. (*Don Quijote* dial. V. f. 4.) Otros dexaron el *fulano* del héroe.

comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las lingen (2) por dar sujeto (a) á sus versos; y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mí pensar y creer, que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion del para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta Princesa del mundo, porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin

(1) Esta expresión se usaba ya algunas veces antes de España, sino verdaderamente á fines de estos y hasta como lo fue la *Diosa de Jerg de Montemayor*. (*F. R. I.* sup. F. 3. p. 71.) y pudo ser tambien la *Galatea* del mismo Cervantes, como se vea en su *F. I. d.*



UNIVERSIDAD DE SEVILLA ECONOMÍA DE SEVILLA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



que sobre, ni falte nada, y pintola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y si la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades prefiritas, griega, bárbara, ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no será castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para que nombre asno en mi boca, pues no se ha de mentar la saga en casa del ahucado; pero venga la carta, y á Dios que me funde. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola, llamó á Sancho y le dixo, que se la quería leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. Á lo qual respondió Sancho: escribala vuestra merced des ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado: porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como

me llamo; pero con todo eso diligencia vuestra merced (p), que me holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dixo Don Quixote.

Carta de Don Quixote á Dulcinea del Toboso.

Soberana y alta Señora.

Es frido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea azaz de sufrido, mal podrá sostenirme en esta cuita, que además de ser fuerte, es muy diuerna. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mía, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu crueldad y á mi desseo.

Tuyo hasta la muerte.

El Caballero de la Triste Figura. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesa á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo quanto quiero, y que bien que encaxa en la firma: *El Caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad, que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quixote, para el oficio que yo traigo. Ha pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en esta viuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha chridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dixo Don Quixote, y haciéndola escrito, se la leyó, que decía así:

Mandaré vuestra merced por esta primera de pollinos, señora Sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dexé en casa, y están á cargo de vuestra merced: los qualos tres pollinos se los mundo librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos (x) de Agosto deste presente año.

Buena está, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres años, y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confío de vuestra merced, respondió Sancho: dóxeme, iré á euillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendición; que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera mas. Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una, ó dos docenas de locuras, que las haré en ménos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegurarle, que no dirás tu tantas, quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dexar de llorar; y tengo tal la cabeza del llanto que amoche bien por el rucio, que no estoy para meterme en anevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ALMERIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que le vinieren mas á cuento, quanto mas, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no, apartose la señora Dulcinea, que si no responde como es razón, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces, y á bolatones; porque donde se ha de salir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin que, ni para que por una?..... No me lo haga decir la señora, porque por Dios, que despotique y lo eche todo á dios, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe, que si me conociese, que me ayunase. Á fe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece, que no estás ni mas cuerdo, que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dexando esto aparte, que es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? y ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te de pena eso cuidado, respondió Don Quixote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que

que las yerbas y frutos que esté prado, y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. Á esto dixo Sancho: ¿sabe vuestra merced que temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dexo, segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destes contornos, dixo Don Quixote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando vuelvas, quanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las quales te servirán de mojones y señales para que me halles quando vuelvas á imitación del hilo del laberinto de Perseo (1). Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas, pidió la bendición á su señor, y no sin

(1) Segun la fábula fue Perseo, y no Perceus, quien salió del laberinto con el hilo, así que, solo se debe considerar como un yerro de imprenta: el mismo Cervantes dió en el cap. XLVIII: *parece en un laberinto de imaginaciones, que no acertó á salir del, aunque tuviera la saga de Theseo. Ha quanto á las señas de las rieras, de la misma*

muchas lágrimas de entrambos se despidió del; y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quixote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo había aconsejado: y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quixote, que le viesse siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, quando volvió, y dixo: digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hacer locuras, será bien que vna siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo decia yo? dixo Don Quixote, espérite, Sancho, que en un Credo las haré: y desnudándose con toda

traxo se volvió, antes que Don Quixote, el marqués de Mantua para no perderlo en un bosque:

*Ajuntado del camino,
Por el mundo fovea á escapar,
Así la vida la ve,
Empieza de caminar:
Las cosas iba curando
Para la buena accion.*

(Cancionero de Apertura: 1555, 16, f. 32.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





prieta los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dió dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxó, y los pies en alto, descuelariendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así le dexáramos ir su camino hasta la vuelta, que fué liebre.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dico la historia, que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ó vueltas de medio alaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una



prieta los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dió dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxó, y los pies en alto, descuelariendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así le dexáramos ir su camino hasta la vuelta, que fué lieve.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dico la historia, que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ó vueltas de medio alaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una

alla peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces había pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que qual sería mejor, y le estaría mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desahoradas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas (1), y hablando entre sí mesmo decía: si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿ que maravilla? pues al fin era encantado, y no le podía matar nadie, sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesváles; pero dexando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente (2), y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica había dormido mas de dos siestas con Medoro un Morillo de cabellos enrizados, y paje de Agramante (3): y si él entendió que esto era ver-

(1) Medoro fue paje y amigo del intrasceno Duendico Dardanio, no de Agramante. Véase una nota sobre esta persona. (F. II, cap. 4)

dad, y que su dama le había cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo: como puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso, osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, así como él es, en su mesmo traje (4), y que se está hoy como la madre que la parió: y hariale agravio manifesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte

(4) Mencion entre los escritores, que se venían del traje del pais, y hablando la lengua castellana, con muchos de ellos verdaderos señores: y aunque Dulcinea no hubiese visto jamas ninguno como túrlano y visigodo, sería algunos en su patria el Toboso, donde se acreditaban muchos sencillos tradidos de las Alpujarras de Granada, como dizeon los naturales de aquel pueblo el año de 1575, en las *Relaciones que pidió á los de España Felipe II.* (tom. IV, cap. 7, que con otros existe en la Real Academia de la Historia) y así salieron de él el año de 1611, cincuenta y quatro familias, á Guadalupe, y secrete y sacro parentado, como dice el P. Fr. Marcos de Guadalupe. (*Previdio y castillo de los Moriscos de Castilla hacia el valle de Baza*, fol. 26, 27.) Esta noticia de las noticias grandisimas fue con otras la causa de la desconfianza política á que llegó el lugar del Toboso; pues dice Don Diego de la Mota (*Orden de la Orden de Santiago*, p. 109) que al año de 1495, tenía ciento y quarenta vecinos, y el de 1596, mil y cincuenta.

veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juicio, y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, según su historia, no fué mas de que por verse desdichado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad: de que (1) se retiró á la Peña Pobre, en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar, hasta que el cielo le acordó en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es para que quiero yo tomar trabajo ahora de desdicharme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara de estos arroyos, los cuales me han de dar de beber quando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere: del qual se dirá lo que del otro se dixo, que si no acabo grandes cosas, murio por acometellas (2): y si yo no soy desechado, ni

(1) Estas palabras están repetidas.

(2) Abalón á Factante, que significó los caballos del Sal se pade, se precipitó. (Ovid. Metamorph. l. 11.)

desdeñado de mi Dulcinea, bástame como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que el hizo fué rezar, y así lo haré yo: y servirónle de rotario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez (1), y lo que le fatigaba mucho, era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; y así se entretenia paseándose por el pradedillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles, y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de

(1) No solo los aventureros, sino los Doce Pares de Francia echaban mano del diez en sus contratiempos, y alternativa de desdichas y locuras. Así del Cante de Dolza, después de haber repetido los desamparos de la virgen del muro Altiric á Solina de Poesia, dice el romance viejo:

Sólo á se retiró

Sin querer algo tomarse;

Armado de arcos blancos:

Y cuestas para rezar,

Y tan grande vida hacer

Que no se puede contar.

(Traducción de Anvers: año de 1555, 16, fol. 10, A.)

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á el allí le halláron, no fuéron mas que estos que aquí se siguen:

Añales, yerbas y plantas,
que en aquesta aldea están
tan altos, verdes y tiestos,
si de mí mal no se halgare,
escuchad mis quejas amadas.
Mi dolor es tan horrible,
aunque mas terrible sea,
para por pagáros escote,
apuí libro Don Quixote
autentica de Dulcinea
del Toboso.

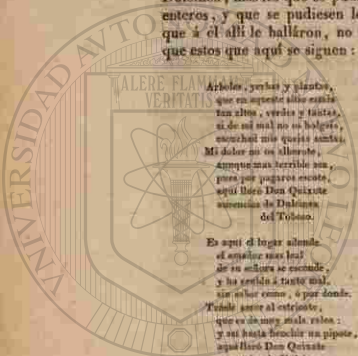
Es aquí el lugar aldea,
el nombre es de fealdad
de su cultura se enciende,
y la verdad á tanto mal
sin saber como, ó por donde.
Tenedo asere al extranjero,
que es de muy mala ralea:
y así hasta llevar en pipete,
apuí libro Don Quixote
autentica de Dulcinea
del Toboso.

Distando las aventuras
que entre las otras peñas,
multiplicado estáis sudoras,
que entre ríos y vallas breñas
hallá el triste desventurado.
Háble amor con su zafre,
me con su tienda corre.

y en sociedad el escote,
apuí libro Don Quixote
autentica de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que halláron los versos referidos, el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imagináron que debió de imaginar Don Quixote, que si en nombrando á Dulcinea, no decía tambien *el Toboso* no se podría entender la copla: y así fué la verdad como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consoláren y escucháren, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía: que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió (1): y

(1) Esta postuma de Don Quixote se vio de los papeos mas principales en'que usó á Amador de Guzmán, que, como



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

será bien dexalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á

des Cervantes, era en original y modelo. Acabado Amadís de encerrar la *Novela Firme*, que era su cartela, tenía sobre la tapa un bulto y cinco de apelo y por estas cosas en el libro se llamaba *Amadís de Francia*, y por la parte de dentro por donde se entraba á él, se llamaba *Firme*. Retirado luego Amadís á la corte de Soborán, donde regnaba la hermosa Inodora, subióle la ira por Oriana, y llevada de unos imaginados celos, escribió una carta llena de sabanas quejas, mandándole en comparecencia más en su presencia al subvencido de la corte desta así: yo soy la dueña de la corte de puntos de España por el coronado, y en esta corte que me forjaste, creyéste por medio del doncel Ibrin, Rosalida Amalís, Isola, y desaparece; dézame aventuras, y se retira á una aldea á hacer penitencia; después de su penitencia en Camalila: sieste no puede hacerle gran cosa, dízale por Gobernador de la *Novela Firme*, al modo que era el tiempo dego á ser también Sancho Panza de él, *Historia* de la principio Amadís á un travagante penitencia hacia la dirección de un cristoñil llamado Amalís, que vivía en una ermita, llamada de la *Novela* en la corte, sobre una peña alta y estrecha, llamada de *Don Pedro*, pídale Amadís que le mude el nombre para no ser conocido; y atendiéndole su buena estatura y sus angustias interiores, le puso el de *Belloso*, y á él de *Bello* se le puso, esta es, hermosa en el cuerpo, y *lindo* en la alma, y así en el nombre y por sus tales Cervantes que era nombre significativo y propio. Las ejercicios de su penitencia se reduían á ayunar á víperas, á confesarse con el confesor, á dar su mío, y otras cosas semejantes; pero sobre todo á gemir, suspirar, y suspirar en lágrimas blancas, que las lágrimas sus gemidos eran blancos, que esta penitencia se prevenía de dirección verdaderamente, esto de desesperación, y

Sancho Panza en su mandadería: y fué que en saliendo al camino real, se puso en

que en ella se se proponía Amadís otro fin, que el de volver á la gracia y amistad de Amadís de la señora Oriana. Porque las calidades de Amadís con su moral poco sigla estas cosas apartadas con mil rebus, con mil estrapas, con mil justicias, y con mil inocencias, juzgando que se compensaban estas fechorías con desías á la gracia y pagamos (que por trazar las *Historias* de Caballerías antes de la cruzada del Orbe, se separaron aventuras á sucesos para á las mudaban un obsequio de la Religión, ó si se convertían y bautizaban, los convertían la vida en obsequio de la misma. En medio de sus lágrimas compaña también Amadís algunos castigos penales, que el mismo causaba y sufría, y por lo tanto finge también Cervantes á Don Quijote mudo y parte, como se ve aquí y en la *P. II. cap. XLVI.* cuando con una voz ronca cantó la vida de un rancioso, compuesto y entonado por él, para que se oyesse alborotado, la dificultad de la lengua: Mas al por fin y en el momento manchado se muestra tan desuelto, como un prestidigitador, que en una misa, al saltar á rezar, si se confunde, cuando fue á más el licenciado Pero Fern, su pariente, correspondiente al tiempo que andaba en su compañía en tierra de Francia, sin duda por quien Cervantes encierra las cosas agradas con tal profanar en esta ficción caballería; y aun el tiempo que falló el cura al gobierno de sus discípulos, parece un grande alborotado con el solo que le dice á cantar la ópera perdida de Don Quijote, y se ostenta al respecto de un alborotado, como un efecto del maltrato: con cuya resultó y reducción interior la *Historia* *Donos*, y en la de Amadís la *Historia* de D. Quijote, que por medio de una corta que le entró Oriana, le voló de la ermita, y le llevó á Madrid, cerca de Madrid, *Amadís de Francia* y *lib. 2. cap. 44.* y *lib. 3. cap. 63.* *lib. 4. cap. 124.* ®

baza del del (a) Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, quando le pareció que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer: por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era flambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria, ó no, y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dixo el uno al otro: digame, señor Licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dixo el Ama de nuestro aventurero, que habia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quixote: y conocieronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo Lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto (a) general de los libros: los quales así como acabaron de conocer á Sancho Panza, y á Rocinante, descosos de saber de Don Quixote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole: amigo Sancho Panza, ¿adonde queda

vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde, y como su amo quedaba: y así les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podía descubrir por los ojos que en la cara tenía. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decís donde queda, imagináremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venís encima de dar el dñeño del rocín, ó sobre esto morena. No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su saber: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los ligados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el

gènero della, siempre que la oían se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dixo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiciese trasladar en papel en el primer Lugar que llegase, á lo qual dixo el Cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito; pero no le halló, ni le podía hallar, si lo buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirlelo. Quando Sancho vió que no hallaba el libro, fuéle pasando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy aprisa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrámbos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego aprisa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se le hañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura y el Barbero, le dixéron, que ¿qué le habia sucedido, que tan mal se paraba? Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber

perdido de una mano á otra en un estante (c) tres pollinos, que cada uno era como un castillo. ¿Como es eso? replicó el Barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la qual mandaba que su Sobrina me diese tres pollinos de queso, ó cinco que estaban en casa, y con esto les conté la pérdida del rucio. Consolóle el Cura, y díxole, que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria, jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dixo, que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la qual se podría trasladar, donde y quando quisiesen. Decidla, Sancho pues, dixo el Barbero, que despues la trasladáremos. Párase Sancho Panza á rasar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie, y ya sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un

dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dixese, dixo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora*. No dirá, dixo el Barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dixo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguí... si mal no me acuerdo... *el llugado y salto de suena, y el serido desta á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa; y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escuriendo, hasta que acababa en: Fuestros hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. No poco gustáron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsele mucho, y le pidieron que dixese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otras tres mil disparates: tras esto contó asimismo las cosas de su año; pero no habló palabra acerca del mancebinto que le habia sucedido en aquella venta,

en.

en la qual robaba entrar: dixo tambien, como su señor, en trayendo que le truxese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poder en camino á procurar como ser Emperador, ó por lo ménos Monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo, le habia de casar á el, porque ya seria viudo, que no podia ser ménos, y le habia de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande Estado de tierra firme, sin Insulos, ni Insulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando quan vehementemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles, que pues no le daban nada la conciencia, mejor era dexarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oír sus necesidades: y así le dixéron, que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa

111.

11

contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decía, ó por lo ménos Arzobispo, ó otra dignidad equivalente. Á lo qual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodase las cosas de manera, que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, querría yo saber ahora, que suelen dar los Arzobispos andantes (1) á sus escuderos. Súenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacerdotía que les vale mucho de renta rentada, ámen del pie de altar que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á nusa por lo ménos, y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C. ¿Que será de mí, si á mi amo

(1) Al modo que lo fue en aquellos tiempos caballerescos el arzobispo Turpin, según Luis Delo, en su *Morgante Magante*; y en otros muy muchos se puede decir que se introdujeron en curia, como el arzobispo de Toledo, que siendo abbat de su casa de la orden de San Xpou, dió una batalla naval, el año de 1658, á Don Lope de Hoz, general de la nuestra. [Citol. *Historia*, t. 2.º, lib. 7.º.]

le dá antojo de ser Arzobispo, y no Emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aquí rogáremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador y no Arzobispo, porque le será mas facil, á causa de que él es mas valiente, que estudianto. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque se dice, que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor, que le oche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decís como discreto, dixo el Cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar órden como ácur á vuestro amo de aquella inútil penitencia, que decís que queda haciendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que despues les diría la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba, que le sacasen allí algo de comer, que fuese



UNIVERSIDAD AUTOCTONA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA DE CIENCIAS
"ALFONSO X el Sabio"
CALLE DE SAN DOMINGO, 10
41015 LEÓN

cosa cabente, y asimismo cebada para Roemante. Ellos se entraron y le dexaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian, y fué, que dixo al Barbero, que lo que habia pensado era, que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irian adonde Don Quixote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediria un don, el qual él no podria dexárselo de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir, era que se viviese con ella, donde ella le llevase, á desahacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo, que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, hasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero, y que creyese sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían

de allí, y le llevarian á su Lugar, donde procurarian ver, si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidieronle á la ventera una saya y unas tocas, dexándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyue. Preguntóles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayéron luego

el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo, y el amo del mantado escudero, y contó al Cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al Cura de modo que no había más que ver: púsole una saya de pao llena de fajas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unas corpiñas de terciopelo verde guarnecidas con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del Rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsole en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y enóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encañonóse su sombrero, que era tan grande, que le podía servir de quitasol, y cubriéndose su herrenuelo, subió en su mula á mugeriegas, y el Barbero en la saya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroto. Despidiéronse de todos y de la

bucna de Martiñones, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan christiano negocio como era el que habían emprendido; mas apenas hubo salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento, que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un Sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciéndoselo al Barbero, le rogó que trocassen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menestrosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad, y que si no lo quería hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quixote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trogo, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invencion, el Cura le fue informando el modo que había de tener, y las palabras que había de decir á Don Quixote para moterle y forzarle á que con él se viniese, y dexase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diese

licion, él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde Don Quixote estaba, y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el qual les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de quanto en ella venía, que magüer que tanto, era un poco codicioso el mancebo. Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dexado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde había dexado á su señor, y en reconociéndole, les dixo como aquella era la entrada, y que bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor, porque ellos lo habían dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaban mucho, que no dixese á su amo quien ellos eran, ni que los conocía, y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dixese que sí, y que por no saber leer, le había respon-

dido de palabra, diciéndole, que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se vinitese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él, que luego se pudiese en camino para ir á ser Emperador, ó Monarca, que en lo de ser Arzobispo no había de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenían de aconsejar á su señor fuese Emperador, y no Arzobispo, porque él tenía para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos, mas podían los Emperadores que los Arzobispos andantes: tambien les dixo, que sería bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya sería ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pudiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decía, y así determinaron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando á los dos en una por donde corría un pequeño, y



UNIVERSIDAD AUTÓCTONA DE GUATEMALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el dia que allí llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo qual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sonagados y á la sombra, llegó á sus oídos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse, que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas, que verdades, y mas quando advirtieron, que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿ Quien mosqueala mis bienes?

Diosdado.

¿ Y quien aumenta mis ducios?

Los sales.

¿ Y quien prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo es mi delicia

ningun remedio se alcanza,

pero me mata la esperanza,

diciendo, ay de y ausencia.

¿ Quien me causa este dolor?

Ameo.

¿ Y quien mi gloria repugna?

Fuertes.

¿ Y quien constante mi ducio?

El cielo.

De ese modo ya consuelo

meo desde qual se cria,

pero se acosa en mi ducio

amor, fatura y el cielo.

¿ Quien mortizará mi suerte?

Los muertes.

Y si bien de amor ¿ quien le alcanza?

Muchacha.

Y sus males ¿ quien los cura?

Luzerna.

De ese modo me es cordura

querer cantar lo que oia,

quedo los remedios era

amor, ausencia y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiración y contento en los dos oyentes, los



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quales se estuviéron quedos, esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo que duraba algún tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico, que con tan buena voz cantaba, y queriendolo poner en efecto, hizo la mesma voz que no se moviesen, la qual llegó de nuevo á sus oídos, cantando este soneto:

SONETO.

Santa amóntad, que con ligeros alas,
Te apacientas quelandose en el suelo,
Entre bellotas altas en el cielo:
Sulón se allego á las impures alas.

Desde allá, quando quieras mas señales
Te juntas para confiar con un velt,
Por quien a veces se frantuse el celo
De liguras obras, que á la fin son malta.

Desde el cielo, si amóntad, á no promitas,
Que el mundo se viera tu firme,
Con que detraye á la distancia sinora:

Que si tus apacientas en la quita,
Prásta há de verse el mundo en la pelta,
De la disorde confusian primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volviéron á esperar, si mas se cantaba; pero viendo que la musica se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordáron de saber

quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho, quando al volver de una punta de una Peña, viéron á un hombre del mesmo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, quando les contó el cuento de Cardenio, el qual hombre, quando los vió, sin sobresaltarse estubo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera, quando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señales le habia conocido) se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió, que aquella tan miserable vida dexase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de los desdichas. Esfaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente, que tan á menudo le sacaba de sí mesmo, y así viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dexó de admirarse algún tanto, y mas quando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida: porque las razones

que el Cura le dixo, así la diéron á entender, y así respondió desta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seáis, que el cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía en estos tan remotos y apartados lugares del trato común de las gentes algunas personas; que poniéndame delante de los ojos con vras y varias razones, que sin ella ando en hacer la vida que hago, la procurado sacar me desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de fiacos discursos, y aun lo que peor sería, por de ningún juicio, y no sería maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad, quando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquí terrible accidente me suñorea, y no sé mas que dolerme

en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras, el decir la causa dellas á quantos oír la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, aloménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desevoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la mesma intencion que otros han venido, ántes que paséis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que cenechéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido, aborrazéis del trabajo que tomáreis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia así por las mesmas palabras y pasos que la habia contado á Don Quixote y al cabrero págos dias atrás, quando por ocasión del maestro Elisabat y puntualidad de Don Quixote en guardar el decoro á la caballería, se que-

dá el cuento imperfecto, como la historia lo dexa contado; pero ahora quiso la buena suerte, que se dio el accidente de la locura, y le dio lugar de contarle hasta el fin: así llegando al paso del villete que habia hallado Don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio que le tenía bien en la memoria, y que decía desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime. y así, á quitáoselles sacar me desta deuda sin ejecutar me en la honra, lo podréis muy bien hacer: padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo.

Por este villete me moví á pedir á Luscianda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedó Luscianda en la opinión de Don Fernando por una de las más discretas y avisadas mugeres de su

su tiempo, y este villete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efetuase. Dixele yo á Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscianda, que era en que mi padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir, temeroso que no vendría en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscianda, y que tenía partes bastantes para ennoblecér qualquier otro linage de España; sino porque yo entendía del, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hacía conmigo. En resolución le dixé, que no me aventuraba á decirselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber quales eran, sino que me parecía, que lo que yo deseaba, jamas habia de tener efecto. Á todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscianda. ¡O Mario ambicioso! ¡ó Catilina cruel! ¡ó Sila facineroso! ¡ó Galatón embustero! ¡ó Vellido traidor! ¡ó Julian vengativo! ¡ó Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero; que deservidos te habia hecho esta triste, que con

tanta manera te descubrió los secretos y contentos de su corazón? Que ofensa te hice? que palabras te dixere, ó que consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de que me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abaxo, despenándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda? ¿Quien pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pudiese, donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja, que aun no poseia? Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añádanse el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á Don Fernando, que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de in-

dustria y solo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compré, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginaria? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Lusciano, y le dixere lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dixo, tan seguro como yo de la traicion de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé que se fué, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dexaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia le concedia con todo rego-

cijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas, ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el cielo por señora; exageraba su belleza, admirábase de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil uñerías y acercamientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que más se extendía mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llevarla á mi boca, según daba lugar la estrechez de una baxa reja que nos dividía; pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gemió y suspiró, y se fué y me dexó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenía, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba: claros indicios

que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al Lugar donde era enviado; di las cartas al hermano de Don Fernando: fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho días, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribía, que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invención del falso Don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dexado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veía que había de ser á costa de mi salud; pero á los quatro días que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra del era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la había movido á escribirme, estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Pro-

guntóle al hombre, ántes de leerla, quien se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino: dixome, que acaso pasando por una calle de la ciudad, á la hora de medie dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dixo: hermano, si sois ebristiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego, que encaminéis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor: y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian stados cien reales y esta sortija de oro que aqui traigo, con esa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dixe, que hacia lo que me mandaba: y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerla, y conociendo por el sobrescrito, que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de

aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo á dárosela, y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decía, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efeto abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

La palabra que Don Fernando os dió, de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mas (n) en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que sala han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Qual yo quierdo, imaginaldo: si os cumple venir, vedlo: y si os quiero bien, ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega, que esta llegue á vuestras manos.

antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner fuego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bien claro conocí entónces, que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo, otro día me puse en mi Lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dexé una mula ea que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quisó la suerte que entónces la toviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, resgo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debía ella conocerme, y yo no conocí. Pero quien hay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado y salido el confuso pensamiento y condicion mu-

dable (e) de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió, me dixo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el qual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hazan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderme con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Corrióse con esto la noche de mi tristeza, puso sene el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte

alguna; pero considerando quanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que puede, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la mesma sala, que con las puitas y remates de dos tapices se cubria, por entre los quales podía yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se haria. ¡Quien pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden contar, ni aun es bien que se digan: basta que sepais, que el desposado entró en la sala sin otro adorno, que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y

hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar ni suspension y arrohamiento, para que mirase y notase en particular lo que traía vestido, solo pudo advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo qual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras, y de las lucas de quatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de que sirvo representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! No será mejor, en mi memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que otro vea de tan manifesto agravio, proceue, ya que no la venganza, aloménos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que pueden, ni deban contarse sucutamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mi, que es digna de un largo discurso. A esto le re-

pondió el Cura, que no solo no se cansaban, en oírle, sino que los daba mucho gusto las mendugencias que contaba, por ser tales, que merecían no pasarse en silencio, y la misma atención que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el Cura de la Parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿quiereis, señora Luscinda, al señor Don Fernando que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manita la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á cacuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmación de mi vida. ¡O quien se atreviera á salir entónces, diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía, y que no puedes ser de otro. Advierte, que el decir tú, sí, y el scabármelo la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerto de mi vida! ¿Que quieres? ¿que pretendes? Considera,

que no puedes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como le tengo para queirme: en fin, pues fui entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y quando yo pensé que scaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad, ó desengañó, que en mi provecho redundase, oigo que dixo con voz desmayada y flaca: *si quiero*: y lo mesmo dixo Don Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniendose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir, qual quedó yo, viendo en el sí que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de co-



UNIV

TÓNOMA

EÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE CIENCIAS EXACTAS
BIBLIOTECA DE CIENCIAS HUMANAS

"ALFREDO BATES"

1 de Mayo de 1977

brar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedó falso de consejo, desamporado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Lucinda, y desbrochándole su madre el pecho para que le diese el ayre, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con nuestros de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian, para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto, ó no, con determinacion, que si me viesen, de hacer un desatino, tal que todo el mundo viera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe

tener guardado, ordenó, que en aquel punto me sobrarse el entendimiento: después acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos, (que por estar tan sin pensamiento mio⁽¹⁾), fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mí la pena que ellos merecian: y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dexado la mula: hice que me la enullase, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla: y quando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto, ó miedo de ser escuchado ni conocido, solé la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Lucinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de

(1) O, tu espíritu de pensar en mí.

ingrata, de falsa y desgraciada, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mi, y entregárla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la disculpaba, diciendo, que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle, se podía pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvía diciendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecérselos Don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar á desear, si con razon midiesen si diesen otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le

le habia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron, que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las quales caminé otros tres dias sin senda, ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á que mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos, que hacia donde era lo mas áspero destas sierras. Dixéronme que hacia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aqui la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desear de si tan inutil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estubo no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo

del qual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dixéron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi escuiga, sin tener otro discurso ni intento entonces, que procurar acabar la vida voceando, y quando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entiendo que acaso podré pasar y hallarlo, y así aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento,

y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, quando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del Lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su ultimo fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de Don Fernando, que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor, ni fuerza para sacar el cuerpo desta estrechez, en que por mi gusto he querido ponerla. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda celebrarse con ménos sentimientos, que los que en mí habeis visto, y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dixere, que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina

recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo, o debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdición, yo querré con procurar perderme, hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los porvenir, de que á mi solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los quales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle (1), y es mas causa (2) de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa

(1) Alusión á la sentencia de Virgilio:

Una salus viciis nullam sperare salutem.

que traducida por Osiporio Hernández de Velasco dice así:

*Nada les queda á los viciados una
Salud, que es ya rigor sin salud alguna.*

(2) Y en esta causa, parece que debería decir, y no y es mas causa, que no hace estúpido ninguno; y que sin duda es un yerro de imprenta cometido en las primeras ediciones.

historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía, lo que se dirá en la quarta (7) parte desta narración: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura, que al Cura y Barbero sucedió en la mesma Sierra.

FELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo Caballero Don Quixote de la Mancha, pues por haber tenido tan haurosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera histo-

recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo, o debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdición, yo querré con procurar perderme, hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los porvenir, de que á mi solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los quales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle (1), y es mas causa (2) de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa

(1) Alusión á la sentencia de Virgilio:

Una salus viciis nullam sperare salutem.

que traducida por Despreux Hornandos de Velasco dice así:

*Nada les queda á los viciados una
Salud, que es ya rigor su salud alguna.*

(2) Y en esta causa, parece que debería decir, y no y es mas causa, que no hace estúpido ninguno; y que sin duda es un yerro de imprenta cometido en las primeras ediciones.

historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía, lo que se dirá en la quarta (7) parte desta narración: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura, que al Cura y Barbero sucedió en la mesma Sierra.

FELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo Caballero Don Quixote de la Mancha, pues por haber tenido tan haurosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera histo-

ria, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos, y verdaderia, que la misma historia (1): la qual prosiguiendo su rastrellado, torcido y asado hilo, cuenta, que así como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decía desta manera:

— Ay Dios! si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste

(1) Sin haber escollido ninguno entre un episodio, incidentes otros, y con la letra y epíteto, que hace aquí á favor de ellos, sacro quisiera presentar la crítica, que le hiciera después por boca del bachiller Sancho Carrasco, sobre que en esta Primera Parte se había salido de novelas y cuentos agenos de la historia, y que se debía de atender al *sofista de jato* ó *homo cetera* (P. 2. cap. 2.) Con efecto en el cap. 21. se ve cómo que en la Segunda se había escollido á los principales personajes de la historia, que con Don Quixote y Sancho, sin extenderse á otras dignidades y episodios extraños, y sin *exuper*, como él dice, *novelas muditas y perfrásticas*; y porque los sucesos de Cervantes danen á entender que el recurso á sucesos agenos suplió palabra de ingenio, además que él era hombre que tenía *habilidad, suficiencia y entendimiento para trazar el argumento todo*. En esta crítica á las novelas muditas de la narrativa histórica se hallan los que producidos de Segunda Parte á Primera, cuenta la que dice: *cuando Segunda Parte sacra Luenda*. (P. 2. cap. 2.)

cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente; ¡Ay desdichada! y quan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyéron y percibieron el Cura, y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, quando detras de un peñasco vieron sentado al pie de un Fresno á un mozo vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entónces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanca cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendióles

la blancura y belleza de los pies, paseciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y así, viendo que no habían sido sentidos, el Cura que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen, ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había: así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía, el qual traía puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traía ansimismo unos calzones (1) y polaynas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenía las polaynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecía: acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió, y al querer quitárselo, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dixo al Cura con voz baxa:

(1) Un género de bragas (dice Covarrubia en su Tesoro) ó arragollos: muchas veces se toma por las subreales, que por otro nombre se llaman polaynas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO DE ETE"



PART. I, CAP. XXVIII. 201

esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se començaron á desfogar y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron, que el que parecia Labrador, era muger, y delicada; y aun la mas hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó, que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron de baxo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto le sirvió de peynte unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apreciada nieve: todo lo qual en mas admiracion y en mas deseo de saber quien era, ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose

los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían: y apenas los hubo visto, quando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asíó con mucha presteza un bufo como de ropa, que junto á sí tenía, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió congo en el suelo: lo qual visto por los tres, salieron á ella, y el Cura fué el primero que la dixo: detenens, señora, quien quiera que seas, que los que aquí veis, solo tienen intencion de servirnos: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni nosotros vos lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiendo por la mano el Cura, prosigió diciendo: lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura

el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningún mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo, que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisieredes ser, perded el sobresalto, que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio, ni decir palabra alguna, hien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y del jamas vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mesmo efecto encamadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dixo: pues que la soledad destas tierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea menfiosa mi lengua, en talde sería fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese,

seria mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que es agradecer el ofrecimiento que me habeis hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo, que la relacion que os hiciere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenir las; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiendome ya conocido por muger, y viendome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí, que pueden echar por tierra qualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dixo sin parar lá que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos, para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della,

haciendose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara, comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un Lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su Estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor, no sé yo de que sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galatón. Deste Señor son vasallos mis padres, humildes en linage; pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustros: bien es verdad, que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza malsonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos,

pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros; puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra, ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionaos, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamas regalaron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su lacteada: por mí se recibían y despedían los criados: la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía, pasaba por mi mano: los molinos de aceite, los lugares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que bucnamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del día me quedaban después de

haber dado lo que convenia á los mayores, ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son á las doncellas tan fáciles como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almadilla, y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo, estos ejercicios dexaba, me acogía al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una harpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenía en casa de mis padres, la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta, quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mí parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta



UNIVERSIDAD

AUTÓNOMA

DE MÉXICO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONSERVACIÓN DE LIBROS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ESPES"
Calle 19 - México D.F.

y recatada, que apenas vián mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies, con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de líce no pueden igualarse, me viéron puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba, quando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miráron en ello, temieron que le venia aquel accidente (c) de locura que habian oído decir, que de quando en quando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia, diciendo: y no me hubieron bien visto, quando, segun él dixo despues, quedó tan preso de mis amores, quanto lo diéron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para

declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes: los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dexaban dormir á nadie las músicas: los villetes, que su saber como á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos: todo lo qual, no solo no me ablandaba; pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario: no porque á mi me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasia sus solicitudes; porque me daba un no sé que de contento, verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas: pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se le daba

nada de que todo el mundo la supiese. Declárame mis padres, que en sola mi virtud y bondad dexaban y depositaban su honra y fama; y que considerase la desigualdad que habia entre mí y Don Fernando, y que por aquí ocharia de ver, que sus pensamientos, aunque él dixese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dexase de su injusta pretension, que ellos me cesarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro Lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometi-mientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos, que él debia de tener por desdentes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la qual, si ella fuera como debia, no la supierades vosotros ahora, por-

que hubiera saliado la ocasion de decirlo. Finalmente Don Fernando supió que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó aloménos porque yo tuviese mas guardas para guardarme, y esta nueva, ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué, que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber, ni imaginar como, en medio destes recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua: y así no fui poderoso de dar voces, ni aun él, creo que me las dexara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defendermo segun estaba turbada) comentó á decirme tales razones, que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas; hacia el traidor, que sus lágrimas acre-

ditasen sus palabras, y los suspiros su inclinacion. Yo potirecilla, sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comencé no sé en que modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros: y así pasándoseme aquel solvesalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener le dixé: si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un león fiero, y el librame dellos se me asegurara, con que hiciera, ó dixera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella, á deçilla, como es posible dexar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza, quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy; pero no tu esclava, ni tiene, ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre, para deshonrar y tener en poco la humildad de la mía, y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero:

conmigo no han de ser de ningún efecto (a) tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legitimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dixo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora que aquí tienes. Quando Carlanio le oyó decir, que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en que venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dixo: que; Dorotea es tu nombre,

señora? otra he oído yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espantea en el mesmo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado trago, y rogóle, que si alguna cosa de su hacienda (1) sabía, se la dixese luego, porque si algo le había dexado bueno la fortuna, era el ánimo que tenía para sufrir qualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podía llegar, que el que tenía acrecentase un punto. No lo perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa, fue, que tomando Don Fernando una imagen que en aquel apesento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que antes que acabase de decirlos, le dixé que

(1) De sus cosas.

mirase bien lo que hacía, y que considerase el enejo que su padre había de recibir, de verle casado con una villana vassalla suya, que no le cegase mi hermosura tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me quería hacer por el amor que me tenía, fuese dexar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podía, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho, le dixé, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dexase de seguir su intento, bien así como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo á esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me díxé á mí mesma: sí, que no seré yo la primera, que por vía de matrimonio haya sabido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega alicion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: pues si no hago, ni mudo, ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofre-

ce, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios será su esposa, y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar desbourada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere, quan sin ella he venido á este punto: porque que razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginación, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza, y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdición, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposición y generosidad, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazón como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó Don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos Santos por tes-

tigos, echóse mil futuras maldiciones, si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los quales jamas me habia dexado, y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dexé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apeto pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto, porque Don Fernando dió ptesia por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la mesma que allí le habia traído, antes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto abinco y vehemencia como quando vino, me dixo que estuviere segura de su fe, y de ser firmes y verdaderas sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto (i) él se fué, y yo quedé ni sé si triste, ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo

acacamiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traición cometida, de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba, si era bien, ó mal el que me habia sucedido. Díxele al partir á Don Fernando, que por el mismo camino de aquella podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Iglesia en mas de un mes, que en xaué me cansé en solicitarlo (s), puesto que supe, que estaba en la villa, y que los mas dias iba á caza, exercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciaños y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de Don Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras, que en reprehension de su atrevimiento ántes no habia oído; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasión á que mis padres me preguntasen, que de que andaba descontenta, y me obligasen á buscar men-

tiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atrupelláron respetos (t) y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fué, porque de allí á pocos dias se dixo en el Lugar, como en una ciudad allí cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: dixoae que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, encerrar las cejas, y dexar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dexó Dorotea de seguir su cuento diciendo: llegó esta triste nueva á mis oídos, y en lugar de helármelo el corazon en olla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la averosia y traicion que se me habia hecho; mas templé esta furia por entónces, con pen-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO OCTAVO"

C. 1991

sar de poner aquella misma noche por
 obra lo que puse, que fué ponerme en
 este hábito que me dió uno de los que
 llaman zagales en casa de los labradores,
 que era criado de mi padre, al qual des-
 cubri toda mi desventura, y le rogué me
 acompañase hasta la ciudad, donde en-
 tendí que mi enemigo estaba. El despues
 que hubo reprehendido mi atrevimiento y
 afiado mi determinacion, viéndome re-
 suelta en mi parecer, se ofreció á tenerme
 compañía, como él dixo, hasta el cabo del
 mundo: luego al momento encerré en una
 almohada de lienzo un vestido de muger,
 y algunas joyas y dineros por lo que podia
 suceder, y en el silencio de aquella no-
 che, sin dar cuenta á mi traidora donce-
 lla, salí de mi casa, acompañada de mi
 criado y de muchas imagiaciones, y me
 puse en camino de la ciudad á pie, lle-
 vada en yuelo del deseo de llegar, ya que
 no á estorbar lo que tenia por hecho, al-
 menos á decir á Don Fernando, me dixese,
 con que alma lo habia hecho. Llegué
 en dos dias y medio donde queria, y en
 entrando por la ciudad, pregunté por la
 casa de los padres de Luscinda, y al pri-
 mero á quien hice la pregunta, me respon-

dió mas de lo que yo quisiera oír: dixome
 la casa y todo lo que habia sucedido en el
 desposorio de su hija, cosa tan pública
 en la ciudad, que se hacen corrillos para
 contarla por toda ella: dixome, que la
 noche que Don Fernando se desposó con
 Luscinda, despues de haber ella dado el
sí de ser su esposa, le habia tomado un
 recio desmayo, y que llegando su esposo
 á desabrocharle el pecho, para que le
 diese el ayre, le halló un papel escrito de
 la misma letra de Luscinda, en que decia
 y declaraba, que ella no podia ser es-
 posa de Don Fernando, porque lo era de
 Cardenio, que á lo que el hombre me dixo,
 era un caballero muy principal de la mes-
 ma ciudad, y que si habia dado el *sí* á
 Don Fernando, fué por no salir de la obe-
 diencia de sus padres. En resolucion, ta-
 les razones dixo que contenia el papel,
 que dá á entender, que ella habia tenido
 intencion de matarse en acabándose de
 desposar, y dába allí las razones porque
 se habia quitado la vida: todo lo qual di-
 cen, que confirmó una daga que le hallá-
 ron, no sé en que parte de sus vestidos.
 Todo lo qual visto por Don Fernando, pa-
 reciéndole que Luscinda le habia burlado

y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la mesma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo luciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaron. Dixiron mas, que luego se asentó Don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supo mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo qual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dexándole primero escrita una carta donde daba á entender el agrasio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas hablaron quando supieron que Luscinda habia entrado de casa de sus (u) padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian que medio se tomar para hallarla. Esto que supo, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor, no haber hallado á Don Fernando,

que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podría ser, que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era christiano, y que estaba mas obligado á su alma, que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasia, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad, sin saber que hacerme, pues á Don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregón donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mesmo traje que traía, y al decir, que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver quan de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo su hijo (s) tan baxo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregón, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á

dar muestras de timbar en la fe, que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entrámos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados, pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mi, porque mi buen criado hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería, ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que á su parecer estos yerros le ofrecían, y con poca vergüenza y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feos y justas palabras respondía á las desvergüenzas de sus propósitos, dexó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas, ó ningunas veces dexa de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mías, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con el por un derribadero, donde le dexé, ni sé si muerto, ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedían, me enté por estas montañas, sin

llevar

llevar otro pensamiento, ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este desseo lu no sé quantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un Lugar, que está en las entrañas desta sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos caballos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud luc y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derribadero, ni barranco de donde despeñar y despeñar al amo como le hallé para el criado: y así tuve por menor inconveniente, dexalle y (o) asconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas, ó mis (e) disculpas. Digo pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela

de mi desventura, y me do industria y favor para salir della, ó para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable, y murmure en la saya y en las agenas tieras.

CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden, que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia, en que se habia puesto (9).

ESTA es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenían ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo

que con facilidad podréis y debéis hacer) que me aconsejéis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé, que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura, que seré dellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miras el mio ageno de la honestidad, que de mí se debían de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habían tanta lástima como admiracion de su desgracia, y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: en fin, señora; que tú eres la hermosa Donrota, la hija única del rico Cleonardo? Admirada quedó Donrota, quando oyó el nombre de su padre, y de ver quin de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Car-

denio estaba vestido, y así le dixo: ¿y quien sois vos, hermano, que así habeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que se es un vos, señora, habeis dicho, Luscinda dixo, que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel, que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traído á que me veais qual me veis, roto, desnudo, fulto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, fulto de juicio, pues no le tengo sino quando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sirrazones de Don Fernando, y el que aguardé á oír el sí, que de ser su esposa pronoució Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en que paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dexé la casa y la paciencia, y una carta que dexé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y viniese á

estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser, que á entrámbos nos turbiese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando por ser mia, ni Don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enagenado, ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desuaviadas imaginaciones, suplicoo, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos; pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoo á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de christiano, de no desampararos hasta véros en poder de Don Fernando, y que quando

con razones no le pudiere atraer á que conociera lo que os debe, de usar cutónes la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desahallar en razon de la mrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dexaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber que gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarlos, mas no lo consintió Cardenio, y el Licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo le rogó, aconsejó y persuadió, que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría órden como buscar á Don Fernán, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente, Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y aceptaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa

que allí los habia traído, con la extraneza de la locura de Don Quixote, y como aguardaban á su escudero, que habia ido á buscallo. Vinolele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la penitencia que con Don Quixote habia tenido, y contála á los demas, mas no supo decir por que causa fué su (a) quision. En esto oyéron voces, y conociéron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dexó, los llamaba á voces: salieronle al encuentro, y preguntándole por Don Quixote, les dixo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le habia dicho, que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido, que estaba determinado de no parecer ante su ferosura, hasta que hubiese fecho fazañas, que le fiesen digno de su gracia, y que si aquello pasaba adelante, corria peligro no venir á ser Emperador como estaba obligado, ni aun Arzobispo, que era lo ménos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El

roso que desaga ese agravio y enderrece ese tuerto, malando á ese hidoputa dese gigante que vuestra merced dice, que si matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene ni señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser Arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje, que se case luego con esta Princesa, y así quedará imposibilitado de recibir órdenes arzobispaes, y vendrá con facilidad á su Imperio, y yo al fin de mis deseos á que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien, que mi amo sea Arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones, para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, sería nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llamase, respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamándose su Reyno Micomicon, claro

está, que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del Lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda, y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Así debe de ser, dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderios: con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encajados tenia en la fantasía los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender, que habia de venir á ser Emperador. Ya en esto se habia puesto Dormea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey; y dixéron á Sancho que los guiasse adonde Don Quixote estaba, al qual advirtieron, que no dixiese que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser Emperador su amo, puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron ir con ellos, por que no se le acordase á Don Quixote la pen-

dencia que con Cardenio habia tenido, y el Cura, porque no era menester por entónces su presencia, y así los dexaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pie poco á poco. No dexó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dixo, que desdicasen, que todo sería sin fallar punto, como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres quartos de legua habrían andado, quando descubrieron á Don Quixote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho, que aquel era Don Quixote, dió del azote á su palafren, siguiendole el bien barbado Barbero: y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la qual apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quixote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le falló en esta guisa: de aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el qual redondará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que

el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura, que de tan lueñas tierras viene al ojar de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quixote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda, fasta que os levaniets de tierra. No me levantaré, señor, respondió la aligida doncella, si primero, por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quixote, como no se haya de cumplir en daño, ó mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave (1). No será en

(1) Toda esta aventura está con efecto trazada segun el estilo de los libros de caballerías, como se pudiera acreditar con muchos pasages de ellos. En el cap. 33 de *Don Quijote de la Mancha* se dice: *Toparon en el camino una doncella que venia con un palafren y dos escuderos con ella, y venia llorando. Páltole que le ayu, pero él le dijo: y siendo amigo, qué cuenta es la vuestra? dicese: que mucho fare por vos ayudar. Y en la p. 1. cap. 29 de *Amadís de Grecia* se trata de como vino la gigante Malbeca á demandar favor alrey Amadís, y*

daño, ni en mengua de los que decís, mi buena señor, replicó la dolorosa doncella: y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dijo: bira por lo que vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantezco, y está que lo pide es la alta Princesa Illicomicona, Reyna del gran Reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quixote, que yo haré lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo, y volviéndose á la doncella, dijo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pide es, dixo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa,

como si se fue con ella á la venganza del gigante; y en siendo la foyata se lanzó á sus pies; agora vos supiere, señor, que me otorgaría un don, que, aunque yo iba con el dote de un bovillo que pedía, conserme me lo otorgaría. Y á la tarde, á las tres y media de la tarde, en día de Lunes, me fué á ver, sin mostrarle que yo era con el rey, y trató con él me me oía de derecha y venga vellido de negro hasta que sea restituido en mi figura.



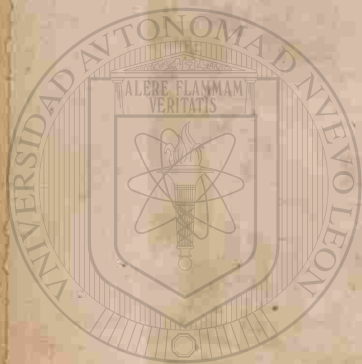
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO BETES"

1918. DIRECTOR GENERAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darne venganza de un traidor, que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi Reyno. Digo que así lo otorgo, respondió Don Quixote, y así podeis, señora, desde hoy mas deshechar la malencolla que os fatiga, y hacer que cobré nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayudo de Dios, y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro Reyno, y asentada en la silla de vuestro antiguo y grande Estado, á pesar y á desprecio de los fillones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza, dicen que suele estar el peligro. La munsterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos, mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintió; ántes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesia y comedimiento, y mandó á Sancho, que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que como trofeo de un árihol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto ató á su señor, el

qual viéndose armado, dixo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estóbase el Barbero aun de nodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la larba, con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intencion: y viendo, que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quixote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó, y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió Don Quixote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la faja que entonces le hacía; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino, y muy apique de ser Emperador, porque sin duda alguna pensaba, que se había de casar con aquella Princesa; y ser por lo menos Rey de Micmicón: solo le daba pesadumbre, el pensar que aquel Reino era un tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le dicen, habían de ser todos negros: á lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dioxo á sí mes-

mo:

mo: que se me da á mí que mis vasallos sean negros; balará mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún Título, ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormiros, y no tengais ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ó diez mil vasallos en dícame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver blancos, ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contente, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellas; pero el Cura, que era gran tracaista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fue, que con unas tixeretas que traia en un estuche, quitó con muchas presteza la larba á Cardenio, y vistóle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herre-rauelo negro, y él se quedó en calzas y en jubón, y quedó tan oiro de lo que antes

111.

16

parecia Cardenio, que él mesmo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se distra- zaron, con facilidad salieron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos paisos de aquellos lugares, no concedian que anduviesen tanto los de á caballo, como los de á pie. En efeto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra, y así como salió della Don Quixote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fue á él, abiertos los brazos, y diciendo á veces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compa- ñero (c) Don Quixote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes: y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quixote, el qual, espantado de lo que veia y oía decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atención, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo

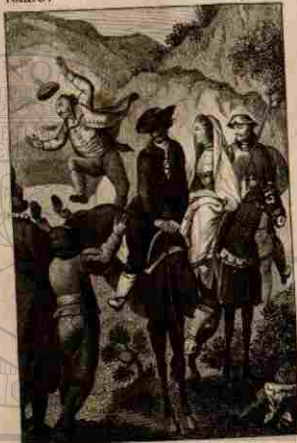
grande fuerza por apartarse: mas el Cura nó lo consintió, por lo qual Don Quixote decía: dexéme vuestra merced, señor Licenciado, que no es razón que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie. Eso no consentiré yo en ningún modo, dixo el Cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo, acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno Sacerdote, bastaríame subir en las oncas de una destas mulas destes señores, que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré ojeata, que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra, ó alfana (1), en que cabalgaba aquel famoso

(1) La alfana es una yegua de extraordinaria grandeza, de que suelen las gigantes y otras personages castelleras. La alfana, que tiene la figura del ciervo, es una especie de caballo, y el animal de más hermosura, siempre y virtuoso que se cria en España. En las quintas de España, tiene la piel pintada con varias cosas, como á fajas, alboronado sus colores de negro y blanco, y distribuido con miles de colores. Trata de la alfana el conde Buffon en el tom. XII de su *Histoire naturelle*, p. 1, y el habil traductor Don Josef Clarife en el tom. VII, p. 246. Alfana también se ves muy en Madrid, que para diversion y administracion del público se gustan á pelear por sus colles y prado.

Moro Muzarague, que aún hasta ahora
yace encantado en la gran cuesta Zulema,

A ver por el manuscrito ahora en el Gabinete de Historia natural. Envolfo en el Conservatorio latino de su *Historia de Etiopía*, impresa el año de 1691, trata de la zebra, de que trae una estampa al fol. 100, y dice que es el Congo, rey de África (el qual se como la zebra y patria de las zebas) se llama *Zeyra* en la lengua del país, de donde puliera conjeturarse que de *zebra* se dice y deriva *zebra*; dicente modo: *zebra*, *zebra*, *zebra*. No falta quien asigne que en España era conocido y frecuente esta tan hermosa y agradable quadrúpedo; que de su nombre se llamó *Cebreno* un monte de Galicia; y que en Madrid havia antiguamente un no conocido talde de carne de zebra, como cuenta de su Puerto, dada á principios del siglo 15, ó año de 1506 por Don Alonso VIII. Pero lo que amate de este Puerto, de que se halla un exemplar sahístico en la Real Academia de la Historia y es que las tablas, en que entonces se vendía como en la cartularia de esta villa de Madrid, eran de *caracra*, de *cabra bera*, de *ovra roma*, de *ovra ovra*, de *carra* ó *celino*, de *carro*, y de *cabra veia*; mas no había talde de carne de zebra, sino de *carro*. Con efecto abundaba esta tierra de carne mayor, como ahora sucede aun, y como cuenta del hijo de la Monesteria del rey Don Alonso XI. En el Puerto de Plasencia, dada también á principios del siglo 15, por el mismo rey Don Alonso VIII, se hace igualmente memoria de gamos, de *carro*, y de *carro*, ó *carra*. Mas estas eran las hembras de los *carros*, y así hablando de requirir lo caso, dice: *si ve fieras, haya el mero*; *si se vebra, haya la cuadruga del lomo*. Con que el nombre *Cebra* se llamó sin duda así por los *carros* que se criaban en él, y en las tablas de la cartularia de Medvil no se vendía en el siglo 15, carne de zebra, sino de *carro*.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PART. I, CAE. XXIX. 245

que dista poco de la gran Compluta. Ann
no caía yo en tanto, mi señor Licenciado,
respondió Don Quixote, y yo sé, que mi
señora la Princesa será servida por mi amor,
de mandar á su escudero dé á vnestra
merced la silla de su mula, que él po-
drá acomodarse en las ancas, si es que
ella las sufre. Si sufre, á lo que yo creo,
respondió la Princesa, y tambien sé, que
no será menester mandárselo al señor mi
escudero, que él es tan cortes y tan cor-
tesano, que no consentirá que una persona
eclesiástica vaya á pie, pudiendo ir á ca-
ballo. Así es, respondió el Barbero, y apeá-
dose en un punto, convidó al Cura con la
silla, y él la tomó sin hacerse mucho de ro-
gar, y fué el mal, que al salir á las ancas
el Barbero, la mula, que en efecto era de
alquiler, que para decir que era mala esto
basta, alzó un poco los quartos traseros, y
dió dos coeces en el ayre, que á darlas en
el pecho de Maese Nicolas, ó en la cabe-
za, él diera al diablo la venida por Don
Quixote. Con todo eso le sobresaltaron
de manera, que cayó en el suelo con tan
poco cuidado de las barbas, que se le
cayeron en el suelo, y como se vio sin
ellas, no tuvo otro remedio, sino acudir á



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X"

cubriese el rostro con ambas manos, y á quejarse, que le habian derribado las muelas. Don Quixote, como vió todo aquel maro de barbas sin quixadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caido, dixo: vive Dios, que es gran milagro este; las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta. El Cura, que vió el peligro que corria su invención de ser descubierta, andió luego á las barbas, y fué con ellas donde yacia Maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dixo que era cierto ensalmó apropiado para pegar barbas, como lo vertian, y quando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quixote sobre manera, y rogó al Cura, que quandooviese lugar, le enseñase aquel ensalmó, que él entendia, que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen, hálase de quedar la carne hagrada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba.

Así es, dixo el Cura, y prometió de enseñárselo en la primera ocasión. Concretaronse, que por entónces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quixote, la Princesa y el Cura, y los tres á pie, Cardenio, el Barbero y Saucedo Panza, Don Quixote dixo á la doncella: vuestra grandeza, señora mía, que por donde mas gusto le diere, y antes que ella respondiese, dixo el Licenciado: hácia que Reyno quiere guiar la vuestra señoría, es por ventura hácia el de Micomicón? que si debe de ser, ó yo sé poco de Reynos. Ella que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dixo: si señor: hácia ese Reyno es mi camino. Si así es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran Laguna Meona, digo, Meoides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del

Reyno de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo parti dél, y en verdad, que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos, así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle, para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dixo á esta sazón Don Quixote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ora (r) tenga valor, ó no, el que tuviere, ó no tuviere, se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida: y así dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura, porque sabrá vuestra merced, señor Don Quixote, que yo y Maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero,

ibamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro saltadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo: y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltaron son de unos galeotes, que dicen que libréto casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos: y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey y Señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la Santa Hermandad,

que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Hábales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacía, ó decía Don Quixote, al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir, que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al desbido suplicio.

CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y patatiempo (c).

No hubo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: pues mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo,

y no porque yo no le dixé ántes, y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dixo á esta sazón Don Quixote, á los caballeros andantes no los toca, ni atañe averiguar, si los afligidos, encadenados y oprimidos que enuentran por los caminos, van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias; solo los toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y un honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hulepata y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo, afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la hacía de Barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevada coligada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los ga-

que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Hábales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacía, ó decía Don Quixote, al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir, que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos roháron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al desbide suplicio.

CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y patatiempo (c).

No hubo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: pues mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo,

y no porque yo no le dixé ántes, y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dixo á esta sazón Don Quixote, á los caballeros andantes no los toca, ni atañe averiguar, si los afligidos, encadenados y oprimidos que enuentran por los caminos, van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias; solo los toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y un honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hulepata y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo, afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la hacía de Barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevada coligada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los ga-

leotes. Dorotea, que era discreta y de gran donayre, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacian burla del, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado, le dixo: señor caballero, miémbresela á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera, que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra; que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me hubiera quitado un vigote. Yo callaré, señora mia, dixo Don Quixote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste bien deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, qual es la vuestra cuita, y quantas, quienes y quales son las personas de quien os tengo de dar delida, satisfecia, y entera venganza? Eso haré yo de gana, res-

pondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió Don Quixote: á lo que respondió Dorotea: pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, quando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver, como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mesmo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hacer otros ademánes, con mucho donayre comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero, que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman... y detuvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dixo: no es miravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas sacan sor tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señora, que se ha olvidado que se llama la Princesa

Micomicona, legítima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora facilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante escó, que no será menester apuntarme nada, que yo sabré á buen puerto con mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaba Timacrió el Salvador, fué muy docto en esto que llaman el Arte mágica, y alcanzó por su ciencia, que mi madre, que se llamaba la Reyna Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero deció él, que no le fatigaba tanto esto, quanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta, que un desconunal gigante, Señor de una grande Insula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando de la fuesa vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese zurco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira) digo, que supo

que este gigante, en sabiendo mi horfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi Reyno, y me lo habia de quitar todo, sin dexarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dixo en esto la para verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dixo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi Reyno, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dexase desembarazado el Reyno, si queria excusar la muerte y total destruccion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defendermene de lo endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los míos me pudiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extendiera

por todo este Reyno, el qual se había de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quixote diria, señora, dixo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dixo Dorotea: dixo más, que había de ser alto de cuerpo, sero de rostro, y que en el lado derecho debaxo del hombro requierdo, ó por allí junta, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerillas. En oyendo esto Don Quixote, dixo á su escudero: ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desmudar, que quiero ver, si soy el caballero que aquel sabio Rey dexó profetizado. Pues para que quiere vuestra merced desmudarse, dixo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dixo, respondió Don Quixote. No hay para que desmudarse, dixo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte (1). Eso basta, dixo Do-

(1) El licenciado Miguel de Luna, presbítero, lico de poder: autor, fingió una historia de la penitencia de España, suponiendo que era la historia de arabigo por Abadiaz, que se halla en esta, y trasladóla en castellano.

rotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco, basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que él es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha: pues apenas me hubo desmudado en Oama, quando oí decir tantas hazañas suyas, que luego

hallóse la publica por los años de 1589, haciéndola á un mismo tiempo desde de auto original y de traslado. En el libro, cap. 7, l. 37, dice poco, que hallándose en Tartis el capitán Terzi con el conde Don Julian, preguntaron los unos á sus amigos españoles, y la Berona á su presencia, le preguntaron que se llama en los Castellanos, que se llama en el libro á un padre un ponedoso, en que se decía que se había de perder este reino, y le habían de ganar los moros; que el capitán que le había de conquistar había de ser valeroso y fuerte; y que por señal había de tener un lunar pardo: tan grande como un guisante, sobre el punto de la mano derecha, que sólo esto, se llamaba Terzi en presencia de todos, y hallándose mirado con cuidado, hallaron el lunar que le supusieron dicho. Dado Cortantes copia adoptada de la Historia de Abadiaz el caso del lunar de Don Quixote, y pudo tambien haberle inventado.

me dió el alma; que era el mesmo que venia á buscar. Pues como se desembarcó vuestra merced en Oauna, señora mía, preguntó Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano, y dixo: debe de querer decir la señora Princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced. Fue en Oauna. Eso quise decir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y pepsiga Vuestra Magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que ya me cuento y tengo por Reyna y Señora de todo mi Reyno, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera, que ya le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandalílado de la fuesa vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues así lo dexó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre, el qual tambien dexó dicho y escrito en letras caldeas, ó grie-

gas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesion de mi Reyno, junto con la de mi persona. Que te parece, Sancho amigo? dixo á este punto Don Quixote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dixey? mira si tenemos ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eso juro yo, dixo Sancho, para el puto que no se cassare en abriendo el gaznateo al señor Pandalílado: pues monta que es mala la Reyna, así se me vuelvan las pulgas de la cama: y diciendolo esto, dió dos zapatas en el ayre con muestras de grandísimo contento, y luego fue á tomar lasriendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su Reyna y Señora. Quien no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado? En efecto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran Señor en su Reyno, quando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dexase co-

brat y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Derotea, es mi historia, solo resta por decirnos, que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi Reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se ahogaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto: y el yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado: y si en algúnta cosa he andado demasada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitaron la memoria al que los padece. Esa no me quitará á mi, ó alta y valerosa señora, dixo Don Quixote, quantos yo pasare en servirlos, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confieso el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena, espa-

da, merced á Gines de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dixo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y púctos en pacífica posesion de vuestro Estado, quedará á vuestra voluntad, hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo mas, no es posible que yo arroastre, ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Pénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dixo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz, dixo: voto á mi, y juro á mi, que no tiene vuestra merced, señor Don Quixote, cabal juicio: pues cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? piensa, que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la que ahora se le ofrece: ¿es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el Condado que esperó, si vuestra mer-



UNIVERSIDAD AUTOCTONA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FACULTAD DE CIENCIAS
FÍSICO-MATEMÁTICAS

ced se anda á pedir coínfas en el golfo : cásele, cásele luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese Reyno que se le viene á las manos de robis vobis, y en siendo Rey, hágame Marques, ó Adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quixote que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin lablalle palabra á Sancho, y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. ¿Pensais, le dixo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo pensais, bellaco descomulgado, que sin duda lo estáis, pues las puestas lengua en la sin par Dulcinea, y no sabéis vos, ganau (v), iáquin (1), bellire (2), que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una

(1) Ven italiana: ganapan, mazo de corlel, que se emplea en llevar fardes á ciénegas.

(2) Ven francesa: pizaro, vaís, de vilis pendereros.

pulga? Decid, socarron de lengua viperina ¿y quien pensais que ha ganado este Reyno, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos Marques (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡O hídiputa bellaco, y como vois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser Señor de Título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaha tan maltrecho Sancho, que no oyese todo quanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dixo á su amo: dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el Reyno suyo, y no siendo lo que mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo no quejo, cásele vuestra merced una por una con esta Reyna, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que

Reyes debe de haber habido en el mundo, que hayan sido amancebados. En lo de la hermesita no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. Como que no la has visto, traidor blasfemo? dixo Don Quixote, pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dixo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto, pero así á bulto me parecen bien. Ahora te disculpe, dixo Don Quixote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dexar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente, y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que yo las traigo, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrarlo. No haya mas, dixo

Deróten, corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedidle perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquesta señora Tobosa, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un Estado donde vivais como un Príncipe. Fue Sancho cabizlaxo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dixo á Sancho, que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díxole Don Quixote: despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste, y de la respuesta que truxiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio,

que no sea de aquí adelante tan vengativo. Porque lo dices, Sancho? dijo Don Quixote. Dígola, respondió, porque estos palos de agora mas tuéron por la pendencia, que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dixé contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No torres á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú, que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto passaba, vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y quando llegó cerca, les pareció que era Gitano: pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos, se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, quando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del Gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el qual por no ser conocido, y por vender el asno se había puesto en traje de Gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar como si fueran natu-

rales suyas. Vióle Sancho, y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, quando á grandes voces le dixo: ha ladron Ginesillo, dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no estuyo. No fueran (x) menester tantas palabras, ni baldones, porque á la primera salió Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dixo: ¿ como has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba y se dexaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por eso anulaba la poliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dixo el Cura á Dorotea, que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad del, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dixo, que muchos ratos

se habia entretenido en ellos; pero que no sabia ella donde eran las Provincias, ni puertos de mar, y que así habia dicho á tientas, que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dixo el Cura, y por eso acudí luego á decir lo que dixes, con que se acomodó todo. Pero no es cosa extrañaver, con quanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y apuro de las necesidades de sus libros? Si es, dixo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé, si queriendo inventarla y fabricarla mentrosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocautes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con hominias razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerias, no habrá nadie que le juegue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quixote con la suya, y dixo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de

nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿donde, como, y quando ballaste á Dulcinea? ¿que hacia? ¿que le dixiste? ¿que te respondió? ¿que rostro hizo quando leía mi carta? ¿quien te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas, ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dixo Don Quixote, porque el librito de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandissima pena, por no saber lo que habias tú de hacer, quando te vieres sin carta, y crecí siempre, que te volverias desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dixes á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dixo, que en todos los dias de su vida, aunque habia leído muchas

carta de descomunión, no había visto, ni leído una linda carta como aquella. Y niénala todavía en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no había de ser de may provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*; digo del *Soberrana Señora*, y lo último: *Fuero hasta la muerte*, *El Caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas, y vidas, y ojos míos.

CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos, que padron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

Tono eso no me descontenta, prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste y que hacia aquella Reyna de la hermosura? A buen seguro que la hallaste enarmando perlas, ó bordando alguna empresa con

oro de cañuillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechado dos sacas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo era cañeal, ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan cañeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: quando lo diste mi carta ¿bebóla? ¿púsoela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó que hizo? Quando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del menso de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y dixome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dixo Don Quixote, eso debió de ser por lella despacio y regresarle con ella: adelante, Sancho, y en tanto que estaba en su menester ¿que coloquios pasó contigo? ¿que te preguntó de mí? y tú ¿que le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el útero una míñima.

Ella no me preguntó nada, dixo Sancho, mas yo le dixé de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba (1), metido entre estas sierritas como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles, ni sin peyarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldice mi fortuna dixiste mal, dixo Don Quixote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe, que me lleva á mí mas de un coto. Pues como, Sancho, dixo Don Quixote ¿haste medido tú con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un fumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don

(1) Al fin del cap. 23, se sermonea Don Quixote Erasmista de su propio cuerpo abaxo. Algunos están en esta contradicción, en que es de crisis insurrección voluntariamente Cervantes por la desonra dada á Tullio; pero yo le entiendo á Sancho sino abaxo una menta mas á las merced que ensarta.

Quixote.

Quixote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: quando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabco, una fragancia aromática, y un no sé que de bueno, que yo no acierto á darte nombre, digo un tubo, ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun carioso guantero? Lo que sé decir, dixo Sancho, es, que sentí un olorillo algo hombruno, y debía de ser, que ella con el mucho exercicio, estaba sudada y algo correosa. No sería eso, respondió Don Quixote, sino que tú debías de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espigas, aquel lirio del campo, aquel ámbar deseado. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor, que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de que maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió Don Quixote, he aquí que he ahí de limpiar su trigo y de enviarlo al molino, ¿que hizo quando levó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyó, porque dixo que no sabia leer, ni escri-

111.

18

hir, antes la rasgó y la lixo menudas piezas, diciendo, que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el Lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dixo, que dixete á vuestra merced, que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle: y que así le suplicaba y mandaba, que viera la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dexase de hacer disparates, y se pusiese luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced: rióse mucho quando le dixi como se llamaba vuestra merced *El Caballero de la Triste Figura*: preguntéle si habia ido allí el Vizcaino de marras, dixome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes, mas dixome que no habia visto hasta entónces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo Don Quixote; pero dime ¿que joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí llevaste? porque

es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas, ó enausos que los llevan nuevas, de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso; que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, quando della me despeli: y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dixo Don Quixote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser, porque no la tendria allí á la mano para dárte la; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de que estoy maravillado, Sanche? de que me parece que fuiste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allí mas de treinta leguas: por lo qual me doy á entender, que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, sopena que yo

no sería buen caballero andante, digo, que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos, que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber como, ó en que manera amanece otro día mas de mil leguas de donde awokeció: y si no fuese por esto, no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acontece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago, ó con algún fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de murir, y quando no os mo cato, asoma por acullá encima de una nube, ó sobre un carro de fuego otro caballero amigo suyo que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la murte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos, ó tres mil leguas: y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores, que tienen cuidada destos valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer, que en tan breve tiempo hayas ido y venido des-

de este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así sería, dixo Sancho, porque á buena fe, que andaba Rocinante cómo si fuera asno de Gitano con azogue en los oidos. Y como si llevaba azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja: pero dexando esto aparte, que te parece á tí, que delso yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo, que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuerzame la ley de caballeria á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar aprisa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacificamente en su Estado, y al punto daré la vuelta á ver á



UNIVERSIDAD

AUTÓNOMA

DE LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la luz que mis sentidos alumbrá : á la qual daré tales disculpas, que esta venga á tener por buena mi turbanza, pues verá que todo redundá en aumento de su gloria y fama : pues quanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me dá, y de ser yo fúyo. Ay! dixo Sancho, y como está vuestra merced lastimado de esos cascotes! Pues dígame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dexar pisar (1) y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un Reyno, que á buena verdad que he oido decir, que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas, que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntas? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdonéme, y cáese luego en el primer Lugar que haya Cura, y si no ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas : y

(1) Así en las primeras ediciones, y en las demás en el original del autor se leeja *casar* *passar*.

advertia, que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale páxaro en mano, que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondió Don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea luego Rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber, que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adalala (1), ántes de entrar en la batalla, que sabiendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del Reyno, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dandola ¿á quien quieres tú que la dé sino á tí? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á

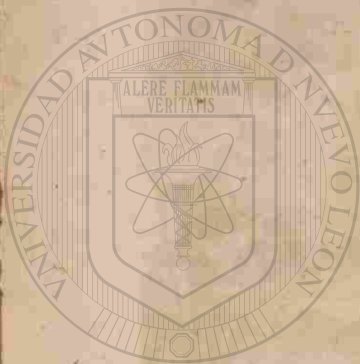
(1) Así en todas antiguamente : ahora *adadala* ; viene del árabe *ad* / *habel*, que significa *hacer conculpar*.

matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígotle Sancho, dixo Don Quixote, que está en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en quanto el ir ántes con la Princesa, que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dixo Sancho, como hace vuestra merced, que todos los que viene por su brazo, se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esta firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á lunar de finojos ante su presencia, y decir, que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, como se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡O que necio y que simple que eres, dixo Don Quixote, ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redundá en su mayor ensalzamiento? porque has de saber, que en este

nuestro estilo de caballería es gran honra, tener una dama muchos caballeros andantes, que la sirvan sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de aceptarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dixo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena, aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dixo Don Quixote: y que de discreciones dices á las veces! no parece sino que las estudiado. Pues á fe mía, que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces Mase Nicolás, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fontecilla (r) que allí estaba. Detivose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y tenia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía quando la hallaron, que

zunque no eran muy buenas, hacian mucha ventaja á los que dexaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el qual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quixote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ay señor mio, ¿no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quixote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dixo: porque vean vuestras mercedes quan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que deslucan los inertes y agravios, que en él se hacen por los insolentes y malos hombres, que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los dias pasados pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion hácia la parte donde me





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pareció, que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho, que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dexará mentir en nada. Digo, que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábase alriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento, respondió el zaño, que le azotaba porque era su criado, y que ciertos desquidos que tenía, nacian mas de ladrón que de simple: á lo qual este niño dixo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé que arengas y disculpas, las quales aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas: en resolucion, yo le luce desatar, y tomé juramento al villano, de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun zahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? no notaste con quanto imperio se lo mandé, y con quanta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuse y notiqué y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se

vea y considere, ser del provecho que digo, haber esballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. ¿Como al revés? replicó Don Quixote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedámos solos, me volvíó á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado: y á cada azote que me daba, me decía un donayro y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decía. En efecto (s) el me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo: de todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, ni amo se contentara con darme una, ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara quanto me debía; mas como vues-

tra merced le deshonró tan sin propósito, y le dixo tantas villanías, enendiéndose la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vió solo, descargó sobre mí el nublado de mudo, que me parece, que no será mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dixo Don Quixote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dexarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si el ve que no le está bien guardada; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré, que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dixo Andres, pero no aproveché nada. Ahora verás si aprovecha, dixo Don Quixote, y diciendo esto, se levantó muy aprisa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comían. Preguntóle Dorotea, que era lo que hacer queria. El le respondió, que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de quantos villanos hubiese en el

mundo. Á lo que ella respondió, que advirtiese, que no podía conforme al don prometido entremetarse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabía el mejor que otro alguno, que se pagase el pecho hasta la vuelta de su Reyno. Así es verdad, respondió Don Quixote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar, y á pramieter de nuevo, de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener (á) agora con que llegar á Sevilla que todas las venganzas del mundo: deme, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quélese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dixo: toma, hermano Andres, que á todas nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues que parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe, si me ha de hacer falta, ó no, porque os hago saber, amigo, que los escuderos de

los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á la mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asíó de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abaxó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad, que al pactirse dixo á Don Quixote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra, ni ayude, sino dexemo con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos quantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibáse á levantar Don Quixote para castigalle, mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quixote del cuento de Andres, y fué menester que los demás inviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quixote.

Acabóse la buena comida⁽¹⁾, enulláron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija, y Maritónes, que vieron venir á Don Quixote, y á Sancho, les salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díxoles, que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada, á lo qual le respondió la huéspedea, que como le pagase

(1) Así en todos los ediciones, excepto en el original de Cervantes se dice *la buena comida en lugar de la buena para, sobre escrito que los comedores trajeron mucha hambre, y que la satisficieron poco; y una comida, en que los comedidos quedaban con parte de la hambre, no es broma, sino breves y exactas.*

mejor

mejor que la otra vez, que ella se le daría de Príncipes. Don Quixote dixo, que sí hacia, y así le aderezaron uno razonable en el mismo caramanchon (2) de márras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y fulto de juicio. No se hubo bien encerrado, quando la huéspedea arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dixo: para mi sangüada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo el peyue que solia yo colgar de mi buena cola. No se la quería dar el Barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el Licenciado le dixo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su mesma forma, y díxose á Don Quixote, que quando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo, y que si preguntase por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su Reyno, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asi

III.

19

misimo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Darcotea, y aun del buen valle del zagal Caoleno. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto alojó Don Quixote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Tratáron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritórnes y todos los pasajeros, de la extraña lecura de Don Quixote, y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero le habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el Cura dixese, que los libros de caballerías que Don Quixote habia leído, le habian vuelto el juicio, dixo el ventero: no sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo, no hay mejor lectura en el mundo, y que tengo ahí dos, ó tres dallos

con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos: porque quando es tiempo de la siega, se recogon aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el qual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: aloménos de mí sé decir, que quando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas, ni ménos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino áquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entónces. Así es la verdad, dixo Maritórnes, y á buena fe, que yo tambien gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan, que se está la otra señora delaxo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña liciendoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de miles. Y á vos ¿ que os parece, señora don-

cella? dixo el Cura, hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima; respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oirlo, pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen, quando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé, que hay algunas señoras de aquellas tan crudes, que las llaman sus caballeros, tigres y leonas y otras mil tan mundicias: y ¡Jesus! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dexan que se muera, ó que se vuelva loco: yo no sé para que es tanto melindre, si lo hacen de honraulas, cáense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dixo la ventera, que parece que sabo mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude

dexar de respondelle. Ahora bien, dixo el Cura, tradme, señor huésped, aquellos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maleilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era Don Cirongilio de Tracia (1), y el otro de Félix Marte de Ircania (2), y el otro la historia del gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba con la vida de Diego Garcia de Padides. Así como el Cura leyó los dos titulos primeros, volvió el rostro al Barbero, y dixo: falta nos hacen aquí ahora el Ama de mi amigo y su Sobrina. No hacen, respondió el Barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral, ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced

(1) Escríbale *Ueracido de Vargis*, y se intitula: *Los libros de Don Cirongilio de Tracia, hijo del noble Rey Elafros de Macedonia, segun le escribio Navarro su Origo, y Poemas en Latin*: Sevilla, 1545, fol.

(2) Véase la nota y puesta en el tomo 2, pag. 7.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilo, y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son berregos, ó demáticos, que los quiero quemar? Cismáticos, quereis decir, amigo, dixo el Barbero, que no slemáticos. Así es, replicó el ventero, mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y dese Diego Garcia, que ántes dexaré quemar un hijo, que dexar quemar ninguno de otros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el qual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo mereçide; y este Diego Garcia de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Traxillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable exer-

cito que no pasase por ella (1), y hizo otras tales cosas, que si como el las ençenta, y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. Tomáos con mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Ircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas, como los fraylelicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo exercito, donde llevó mas de un millon y seicientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si

(1) En la Cédula del Gran Capitan se refiere este caso de este modo: *Diego Garcia de Paredes tomó una capilla de dos manos en el hombro... y se metió por la puente del Castellano, que los franceses habian echado poco antes; y peleando contra ellos, empezó de hacer tanta prision de su persona, que vence las álzovas moradas en su tiempo Hernán y Jullé César, Alejandro Magno, y otros antiguos valerosos capitanes; por lo qual se verteramente otro Oración en su decurso y acortitud.* (Cep. 106. l. 139. 8.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



fueran manadas de ovejas. Pues que me
 dirán del bueno de Don Cirongilio de
 Tracia, que fué tan valiente y animoso,
 como se verá en el libro donde cuenta,
 que navegando por un río le salió de la
 mitad del agua una serpiente de fuego, y
 él así como la vió se arrojó sobre ella, y se
 puso á horcadas encima de sus escamosas
 espaldas, y la apretó con ámbas manos la
 garganta con tanta fuerza, que viendo la
 serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro
 remedio, sino dexarse ir á lo hondo del río,
 llevándose tras sí al caballero que nunca
 la quiso soltar: y quando llegaron allá
 abaxo, se halló en unos Palacios y en unos
 jardines tan lindos que era maravilla: y
 luego la sierpe se volvió en un viejo an-
 ciano que le dixo tantas cosas, que no hay
 mas que oír. Calle, señor, que si oyese
 esto, se volvería loco de placer: dos ligas
 para el Gran Capitan y para ese Diego
 García que dice. Oyendo esto Dorotea,
 dixo callando á Cardenio: poco le falta á
 nuestro huésped para hacer la segunda par-
 te de Don Quixote (1). Así me parece á mí.

(1) Los oficios que hacen las perlas de las comedias,
 se dicen partes á popales: y quiere decir: partes que im-
 esta comedia, á saber: el caballero en que Don Quixote

respondió Cardenio, porque según da in-
 dicio, él tiene por cierto que todo lo que
 estos libros cuentan, pasó, ni mas, ni mén-
 nos que lo escriben, y no le harán creer
 otra cosa frayles descalzos. Mirad, herma-
 no, tornó á decir el Cura, que no hubo
 en el mundo Félix Marte de Ircania, ni
 Don Cirongilio de Tracia, ni otros cabal-
 leros semejantes que los libros de caballe-
 rías cuentan, porque todo es compostura
 y ficcion de ingenios ociosos, que los com-
 pusieron para el efeto que vos decís, de
 entretener el tiempo, como lo entretienen
 leyéndolos vuestros segadores: porque
 realmente es juro, que nunca tales cabal-
 leros fueron en el mundo, ni tales hazañas,
 ni disparates acontecieron en él. Á otro
 perro con ese hueso, respondió el ventero,
 como si yo no supiese quantas son ciegos,
 y adonde me aprieta el zapato: no pienso
 vuestra merced darme papilla, porque por
 Dios, que no soy nada blanco: bueno es,
 que quiera darne vuestra merced á enten-
 der, que todo aquello que estos buenos li-
 bros dicen sea disparates y mentiras, es-

hace la Primera Parte, á el papel de primer galán, sacado
 el contrapunto hacer la Segunda Parte, á el papel de segundo
 galán.

tando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dexar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos, y así como se consiente en las Repúblicas bien concertadas, que haya juegos de axedrez, de pelota, y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadero ninguna destes libros: y si me fuera licito agora (cc), y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avendá con sus verdades, ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios

que no coxeéis del pie que coxea vuestro huésped Don Quixote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, quando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. Á la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras: y propuso en su razon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dexalle y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: esperad, que quiero ver que papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande que decía: *Novela del Curioso Impertinente*. Leyó el Cura para sí tres, ó quatro renglones, y dixo: cierto que no me parece mal el título desta

novela, y que me viene voluntad de leerla toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leerla su Reverencia, porque le hago saber, que á algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras, mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dexó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo, y aunque sé, que me han de hacer falta los libros, á lo que se los he de volver, que aunque ventero, todavía soy cristiano. Vos tenéis mucha razon, amigo, dixo el Cura, mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decían, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo, que todos la oyesen. Si leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me

conceda dormir quando fuera razon. Pues desta manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió Maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien; lo qual visto del Cura, y entendiéndolo que á todos daria gusto y él le recibiria, dixo: pues así es, caténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPÍTULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

Ex Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y autonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una mesma edad y de unas mesmas costumbres, todo lo qual era bastante causa

novela, y que me viene voluntad de leerla toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leerla su Reverencia, porque le hago saber, que á algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras, mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dexó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo, y aunque sé, que me han de hacer falta los libros, á lo que se los he de volver, que aunque ventero, todavía soy cristiano. Vos tenéis mucha razon, amigo, dixo el Cura, mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decían, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo, que todos la oyesen. Si leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me

conceda dormir quando fuera razon. Pues desta manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió Maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien; lo qual visto del Cura, y entendiéndolo que á todos daria gusto y él le recibiria, dixo: pues así es, caténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPÍTULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

Ex Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y autonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una mesma edad y de unas mesmas costumbres, todo lo qual era bastante causa

á que los dos con reciproca amistad se correspondiesen: bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al qual llevaban tras sí los de la caza; pero quando se ofrecia, dexaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado relox que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la mesma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en execucion, y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gasto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia

la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarle, festejarle y regocijarle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados de la mesma manera que quando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no pierda, ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó del quejas grandes, diciendole, que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenían mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiose por quarec hacer del circunspeto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable

nombre se perdiese, y que así le supliría, si era licito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad, que la que él quería que tuviese, y que por haber sabido ella con quantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquivaza. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dixo á Lotario, para persuadirle volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas fuese Lotario á comer con él: y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viesse que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener, que amigos llevaba á su casa, como en mirar con que amigas su muger conversaba, porque lo

que

que no se luce, ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni en estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres) se concierta y facilita en casa de la amiga, ó la parienta de quien mas satisfacion se tiene. También decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiese de los deseos, que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor, que el marido á la muger tiene, ó no le advierte, ó no le dice por no enojalla, que haga, ó dexo de hacer algunas cosas, que el hacellas, ó no, le seria de honra, ó de vituperio: de lo qual siendo del amigo advertido, facilmente pondria remedio en todo. Pero donde se hallará amigo tan discreto, y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide. No lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda sollicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dexar, frisar, y acortar los dias del concieto del ir á su casa, porque no parecia mal al vulgo neciso, y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombr

III.

20

y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenía, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podía poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no quería poner en duda su crédito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas, que él daba á entender ser inexcusables: así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dixo á Lotario las semejantes razones:

— Pensabas (1), amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los tuyos, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por muger propia, dos prendas que has

(1) Anselmo pensaba.

estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo: porque no sé de que dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mesmo, y me culpo y me rivo á solas, y procuró callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decirlo á todo el mundo: y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarne, yo me verá presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenían á Lotario las razones de Anselmo, y no sabía en que habia de parar tan larga prevención, ó prórroga: y aunque iba revolviendo en su imaginación, que deseo podría ser aquel que á su amigo

tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspensión, le dixo, que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando yodas, para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podría prometer del, ó ya consejos para contentenellos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te fiago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar, si Camila mi esposa es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, sino es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de quanto es, ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas, y á las continuas importunidades de los solientos amantes: porque que hay que agradecer, decía él, que una muger sea buena, si malic le dice que sea mala? Que mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para

que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que en cogiéndola en la primera desventura, la ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento: de modo que por estas razones y por otras muchas, que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está como el vacio de mis deseos: liré que me cupo en suerte la muger fuerte, de quien el Sabio dice, que quien la hullará? Y quando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acierte en mi opinion, lloraré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y propuesto que ninguna cosa de quantas me dixeris en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dexar



UNIVER

NOMA

LEÓN



de ponerle por obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que libre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para sollicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desinteresada: y mnéveme entre otras cosas á liar de ti esta ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer (1) por buen respeto, y así no quedaré yo ofendido mas de con el desseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé, que en lo que me tocare, ha de ser eterno como el de la muerte: así que si quieres que yo tenga vida, que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino con el albrico y diligencia que mi desseo pide, y con la confianza que muestra amistad me asegurn. Estas fueron las razones que Anselmo dixo á Lotario á todas las quales

(1) En el original del autor se dicitu araz. lo que no se ha de hacer.

estavo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado: y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: no me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que tan véras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga. Sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé, que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso, que no eres el Anselmo que solias, y tu debes de haber pensado, que tampoco yo soy el Lotario que debía ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides, se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dixo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. ®

Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿quanto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y quando el amigo tirase tanto la barra, que pudiese apartar los respetos del ciclo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, ¿qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, según yo entiendo, que procures y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quite la vida; pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, cómo tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo, no vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida. Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acaba de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques

y yo te escuche. Que me place, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: parecíame, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, á los quales no se les puede dar á entender el error de su secta (20) con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulación del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer exemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como quando dicen: *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales*; y quando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra religion; y este mesmo término y modo me conuendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido, va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado (21) el que ocupare en darte á en-



UNIVERSIDAD AUTÓCTONA DE GUATEMALA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



tender tu simplicidad, que por ahora no le quiero, dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexes puesto en tan manifiesto peligro de perderte: y porque claro lo ves, dime, Anselmo, ¿tu no me has dicho, que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? Si que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente; que buscas? Y si piensas que de todas mis azaltas ha de salir vencedor, como saldrá sin duda; que mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ¿ó que será mas despues de lo que es ahora? ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por la que dices; para que quieras probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero te-

nia. Así que es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las quales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando quieren intentar aquellas á que no son forzados, ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierta, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrámbos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los Santos, acometiendo á vivir vida de Angeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas vea en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artilleria, quando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas de el deseo de volver por su fe, por su nacion y por su Rey,

se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es hora, gloria y provecho intentarlas aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como descas, no has de quedar, ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora, y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar, pensar entonces, que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte, que la sepas tu mismo. Y para confirmación desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Imas Tansalo, en el fin de su primera parte de las lágrimas de San Pedro, que dice así:

*Cóbre el dolor y cede la vergüenza
En Pedro, quando el día se le muestra,
Y aunque allí sin ver se vergüenza
De si acorta, por ver que había pecado:
Que a un insignificante poeta á haber vergüenza,*

*No más lo de avercello el ser sentido,
Que de si se vergüenza quando yerra,
Si boca otro no ve que cielo y tierra (1).*

Así que no excusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar continuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel

(1) Escribió Imas Tansalo, natural de Nola en el reino de Napoli, este poema de: *Las Lágrimas de San Pedro*, para reprender el mal ejemplo que ocasionó con otro, licencioso y obsceno, que escribió de este santo, inutilidad el *Práedicatorio*. Ambos al principio no son completos, como la traducción dispone en otras antologías Fr. Damian Altaras, y dividida en 12 cantos se publicó en Napoli año de 1643. Años hácia traducido parte de él el licenciado Gregorio Hernández de Velasco, capellán del hospital de San Juan Bautista de Valdo, y catedrático de Virgilio, é institucion del maestro Alvar Gomez de Castro, como consta de las cartillas latinas de notacion, que se leen al principio de la traducción, que por ser inútil, y porque se coteja con la de Cervantes, se pone aquí la coteja siguiente.

*Cóbre el dolor de Pedro, y juntamente
Cobra la afrenta con la luz del día;
Y bien que allí no hay nadie que lo afronte,
El tiempo de sí mismo se averga.
Que en ceste noche sin tener presente
Folgó de su error, á rebobada
Si: tal de vergüenza quando yerra,
Aunque no le oía mas que cielo y tierra.*

[Biblioteca Real: cat. II. col. 175.]

simple Doctor que nuestro poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reynaldos; que puesto que aquello sea ficción poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos, y entendidos, é imitados (1):

(1) Aludele aquí á la Basina, que refiere el Ariosto (poeta italiano, y por eso llamado *napoleño* por Lactario) en el canto 34. y 35 de su *Orlando*. Fingió que un caballero conviértase á como á Reynaldos, el qual quería sacar á la mesa un vaso de oro, guardado de piedras y lleno de un vino generoso, afirmando que bebido de él sacaría qualquier enfermedad de su cuerpo. Él no se dio por el, sino lo era, descubrió el engaño, y que se le escaparon unas gotas por el pecho, pero él le oía, ni le advertió nada por él, sino agarrarle una gota en el estomago. Reynaldos sin embargo, considerando lo peligroso de la prueba, y la ninguna necesidad de averiguar lo que le podría costar caro, no quiso beber del vaso, contentándose con la buena opinión que tenía de su amigo. Echábanse el linapad, derramando un río de lágrimas le auxilió como él se batis cuando con la hija de un duque y rico anciano, hermosa, hermosa y discreta, con quien vivió contento algunos años hasta que uno mago llamado Melfeo, con ayuda y asistencia intencionada le aconsejó que, para probar la verdad de su mujer, le diese libertad y ocasiones de almorzar de ella, fingiendo su muerte, y que por la experiencia del vaso averiguaria siempre la permanencia del linapad. Así se hizo, pero por lo mismo, por el miedo de perder del vaso, y en castigo de su curiosidad imprudente se le vertió todo el vino por el pecho abajo. Pudo ser presunción que de esta ficción del Ariosto tomó acaso Cervantes el argumento de la prueba de

quanto mas, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo poseedor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos quantos lapidarios le viesen, y que todos á una voz y de comun parecer dixesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á quanto se podía extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿sería justo que te rimiese en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un yunque y un martillo, y allí á para fuerza de golpes y brazos probar, si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas (1) si

El Corchero Improbablemente, una apreciable por su estético estilo, pintura de los efectos del amor, de los celos, de la fragilidad, de las penas de algunas ansias y celos, y ejemplos no solo por el estilo que recibe Camille, sino porque muestra que solo se vence la pasión amorosa con la vida, y que nadie se ha de poner á prueba con sus profundos efectos, porque son mortales para las personas para vencer las leyes humanas, como se dice arriba.

(1) Este lugar, que parece algo obscuro, quedaría más claro, expresando la elipsis que se sobreentiende; así: ¿y sería más justo, si lo quisieras por objeto?

lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra luciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añaliría mas valor, ni mas fama, y si se rompiese, cosa que podría ser, no se perdía todo? Si por cierto, dexando á su dueño un estimacion de que todas le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la arena; y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene, y si faltase y no resistiese, considera desde ahora qual quedarías sin ella, y con quánta razon le podrias quejar de ti mismo, por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes: para que quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la muger es animal imperfecto (rr), y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle

el

el camino de qualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el arminio es un animalajo que tiene una piel blanquísima, y que quando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues oxeándole le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se dexa prender y cautivar, á truco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos: y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la

111.

21

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fide. 1923

virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero esta sujeto á empañarse y escurecerse con qualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas; hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee, ni manosee, hasta que desde lejos y por entre las verjas de hierro goceu de su fragancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos, que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parecen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro padre de una doncella, que la recogiese, guardase, y encerrase, y entre otras razones le dixo estas:

Es de viticio (ca) la muger
 pero no se ha de probar
 si se puede, á no quebrar.
 porque tanta piedad es,
 y no tiene fácil el que lastre,
 y así es concheta, poseer
 á peligro de compenso
 lo que no puede soltarse.

Y en esta oplanza están
 todos, y en cosas de fealdad;
 que al hoy Dioses en el mundo,
 hoy pleritas de oro también.

Quanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á ti te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene: y si fuere largo, perdóname; que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á ti. Que me la quieres quitar á mí, está claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á ti, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniendo por deshonrada, te toca á ti como á cosa suya su mesma deshonra: y de aquí nace lo que

comumente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su desuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y baxo: y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiere decir la causa, porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no le causes de oírma, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraiso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios aueño en Adán, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la qual formó á nuestra madre Eva, y así como Adán despertó y la miró, dixo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: por esta dexará el

hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne mesma: y entónces fue instituido el divino Sacramento del Matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desalzarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso Sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una mesma carne: y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad: y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos (un) que se procura redundar en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque así como el dolor del pie, ó de qualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser una mesma cosa con ella: y como las honras y deshonras del mundo sean todas y uzzcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenuta por



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por quan vana, é impertinente curiosidad queres revolver los humores que ahora están sossegados en el pecho de tu casta esposa: advierte, que lo que aventuras á ganar, es poco, y que lo que perderás, será tanto, que lo dexaré en su punto (1). porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta á moverte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin le dixo: con la atención que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion

(1) Así las primeras ediciones y las de mas: si á su vez en este punto, parece estar el sentido una cosa.

que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas: y ansimesmo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prospuesto esto, has de considerar, que yo paduzco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les autoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse quanto mas para coverse: así que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comience, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedará contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra: y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en práctica esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



no pierda: y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la sollicitare, importa poco, ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero: y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dexes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle, para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba, que daría á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle, y hacer lo que le pedía, con propósito e intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho, y así le respondió, que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la qual comenzaría quando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amerosamente,

y agradecióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daría lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimesmo le daría dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que quando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haria. Á todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fue pensativo, no sabiendo que traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendría para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fue bien recibido de Camila, la qual le recibía y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenía. Aca-

báron de comer, levantáron los manteles, y Anselmo dixo á Lotario, que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volvería. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á lucerle compañía, mas nada aprovechó con Anselmo, antes importóno á Lotario que se quedase y le aguardase, porque temia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dixo también á Camila, que no dexase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto él supo tan bien fingir la necesidad, ó necesidad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo y quedáron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa toda se había ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enenigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados. Mirad si era razon que temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pudiendo perdonar á Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo

volvía. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el qual como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se había tardado tanto, ya habrían tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego saliéron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario, que no le había parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no había hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le había parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa; quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Angel de luz, siendolo

el de tinieblas, y poniéndote delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierta su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dixo que cada día daría el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparía en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues, que se pasaron muchos días, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondía á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decía, que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dixo Anselmo; hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcáis, y aun se los deis, y otros tantos para que compréis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta

tentacion, yo quedaré satisfecho y no os daré mas pensamiento. Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro día recibió los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia que decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle, que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas, como á las palabras, y que no habia para que causarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte que las cosas guiala de otra manera, ordenó que habiendo dexado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vio que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo: y cayó en la cuenta de que quanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era así, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó que nuevas habia, y de que temple estaba



UNIVE

ÓNOMA D

ÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Camila. Lotario le respondió, que no pensaba más darle puntada en aquel negocio, porque respondía tan áspera y desahedadamente, que no tendría ánimo para volver á decirle cosa alguna. Ah, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de ti confío! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir, y si esto es así, como sin duda lo es, para que me engañas, ó porque quieres quitarme con tu industria los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastó lo que habia dicho, para dexar corrido, y confuso á Lotario, el qual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, qual lo veria si con curiosidad lo espiaba: quanto más, que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y

para darle comodidad mas segura y ménos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea no lejos de la ciudad: con el qual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas véras, para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo, ¿que es lo que haces? ¿que es lo que trazas? ¿que es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mesmo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobesalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo: pues si la ruina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear, ¿para que quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nueva y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abaxo, pues en fin se sustentará sobre los débiles arimos de su flaca



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



naturaleza? Mira, que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dixo mejor un poeta, diciendo :

*¡Nada en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida,
y en el ruido quietud!
Poco mi suceso, de quien
jamás espero algún bien,
cos el cielo ha estatuido,
que nunca lo imposible pido,
lo posible aun no me des.*

Fuése otro día Anselmo á la aldea, dexando dicho á Camila, que el tiempo que él estuyese ausente, vendría Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Aligióse Camila, como muger discreta y honrada, de la orden que su marido le dexaba, y díxole que advirtiese, que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa: y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabría gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiéncia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó, que aquel era su

gusto, y que no tenia mas que hacer que baxar la cabeza y obedecelle. Camila dixo que así lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otra dia vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la qual jamas se puso en parte donde Lotario la viesse á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo la truxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando se levantaban los mantos y la gente se iba á comer con mucha prisa, porque así se lo tenia mandado Camila: y aun tenia orden Leonela, que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, ántes los dexaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la

honestá presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos; porque si la lengua callaba, el pensamiento discarria y tenía lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, bastantes á enamorar una estatuá de mármol, no que (si) un corazón de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba quan digna era de ser amada, y esta consideración comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenía, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila, mas ya le hacía impedimento y detenía el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mesmo, por desechár y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila; culpábase á solas de su desatino; llamábase mal amigo y aun mal christiano: hacía discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraba en decir,

que mas había sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto (xx) la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puestas en las manos, diéron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los quales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y enterrarse en su aposento sin responderle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre meeó juntamente con el amor; antes tuvo en mas á Camila, la qual habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabía que hacerse: y pareciéndale no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasión, ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo

hizo, á un criado suyo con un villete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la Novela del Curioso Impertinente.

Así como suele decirse, que parece mal el ejército sin su General y el castillo sin su Castellano, digo yo, que parece muy peor la muger casada y moza sin su marido, quando justissimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deax sin guarda la vuestra, porque la que me dexásteis, si es que quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que á vos os toca: y pues sois discreto, no tengo más que decirlos, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusión que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia: pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no po-

hizo, á un criado suyo con un villete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la Novela del Curioso Impertinente.

Así como suele decirse, que parece mal el ejército sin su General y el castillo sin su Castellano, digo yo, que parece muy peor la muger casada y moza sin su marido, quando justissimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deax sin guarda la vuestra, porque la que me dexáistes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos os toca: y pues sois discreto, no tengo mas que decirlos, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusión que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase, que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia: pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no po-

nerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, quando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados, ni provechosos, estuvo otro día escuchando á Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzó á temblar la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció, que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto (11) él con toda diligencia miró la roca de su entereza con tales portrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró,

rogo, ofreció, aduló, porfó, y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas véras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que ménos se pensaba, y mas deseaba. Bindióse Camila, Camila se rindió: ¿pero que mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro que nos muestra, que solo se vence la passion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así arca y sin pensar, y no de proposito la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y mas estimaba. Fuese luego á ver á Lotario y hallóle en su casa: abrazáronse los dos, y él uno preguntó por las nuevas de su vida,



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes una muger, que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho, se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas más se ha hecho burla notable. En resolución, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger. Vuelvo á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas, ni promesas. Contentate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas: y pues á pie enxuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navio que el Cielo te dió en

suerte, para que en el pasase la mar deste mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y dexate estar, hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentisimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó, que no dexase la empresa, aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces: y que solo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza de debajo del nombre de Clori, porque él le daría á entender á Camila, que andaba enamorado de una dama, á quien le había puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debía: y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haría. No será menester eso, dixo Lotario; pues no me son tan enesigas las Musas, que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré,

si no tan buenos como el sujeto (su) merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el imperitote y el traídor amigo, y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado: que fué, le dixese la ocasión por que le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió, que le había parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que quando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creía que había sido imaginación suya, porque ya Lotario huxa de vella y de estar con ella á solas. Dixote Anselmo, que bien podía estar segura de aquella sospecha, porque él sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba dexado del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviere, no había que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos: y á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo había dicho á Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en

la desesperada red de los celos; mas por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro día, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario, dixese alguna cosa de las que había compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocía, seguramente podía decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loá á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningún oprobrio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitude desta Clori, que dice así:

SONETO.

En el silencio de la noche, quando
Oyega el dulce júbilo á los mortales,
Le pulso copete de mis ojos quanto
Lobey al Cielo y á mí Cielo dante.

Y al tiempo, quando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con sus rayos y aceros deorales,
Voy la antigua quecella enamorada.

Y quando ni sol de ay, estrellado asiento
Dirichas rayas á la tierra envía,
El hazo crece, y dobla los granitos.

Vistes la noche, y cuando al triste casado,
Y siempre halló en mi mortal poeña
Al cielo miró, & Clori sin culpas (1).

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dixo que era demasidamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? En quanto poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda desto, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario, con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario: y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas temiendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se comunicaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto, ó otros versos sabia, los dixese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, ménos malo, y podréalo bien juzgar, pues es este:

(1) Este soneto le suplió Cervantes en la comedia de:
Los Usos de los Rejos, al principio de la jornada segunda.

SONETO.

Yo sé que muero, y si no soy creído,
Le sea cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus pies, ó bolla lagrada muerte,
Antes que de adolorado arrepentido.

Podrá ya veras en la region de olvido,
De vida y gloria, y de fevor desierta,
Y allí veras podrá en mi pecho abierto,
Como tu rostro hermaso está esculpido.

Que esta reliquia guardas para el dero:
Trenas, que me amanzas mi porfio,
Qui en tu misma rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el viento seguro,
Por mar no pasado y pedregosa vía,
Adonde muere, ó parte no se afuera!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraba, entónces le decia que estaba mas honrado: y con esto todos los esculones que Camila baxaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras, sola Camila con su doncella le dixo: con-

rida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues si quiera no lize, que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza, ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dá pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion; darme lo que se da presto, si en (ss) efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse, que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dixo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en menos. No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela, y otras anda: con este corre, y con aquel va despacio, á unos entibia, y á otros abrasa, á unos hierre, y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así, ¿de que te espant-

tas, ó de que temes, si lo mesmo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta (ou) la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todas sus hechas, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: quanto mas, señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es así, no te saltan la imaginacion esos escrúpulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfacion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es

el que te aprieta de valor y de estima y que no solo tiene las quatro SS (1) que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A. B. C. entero: si no, escúchame, y verás como te lo digo de coro. El es, según yo veo y á mi me parece, *agradecido, bueno, caballero, deslizado, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico*, y las SS que dicen, y luego *tácito, verdadero*: la A no te quadra, porque es letra áspera: la Y ya está dicha: la Z *zelador* de tu honra. Ríase Camila del A. B. C. de su doncella, y mírala por mas plática en las cosas de amor que ella decía: y así lo confesó ella, descubriendo á Camila, como trataba amores con un mochebo bien nacido de la mesma ciudad: de lo qual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus pláticas á

(1) Son estas:

buena, noble, indolente y secreto.

Redáctulas á este verso Luis de Barrota, que las explicó en el canto 8.º de las *Lecciones de Angélica*.

mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió, que sí pasaban: porque es cosa ya cierta, que los descendidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las quales, quando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de coxcar, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela, no dixese nada de su hecho al que decía ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió que así la haría, mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, conlida que aunque su señora lo viese, no habia de osar descubrirle: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrir sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila: que aunque vió una y muchas veces, que su Leonela estaba con

su gelan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitárale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar, que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el qual sin conocer quien era, pensó primero que debía de ser alguna fantasma, mas quando lo vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remedias. Pensó Lotario, que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la mesma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadidas trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mesmo á quien se entregó rogada y persuadida, y creo que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á qualquiera sospecha que desto le venga: y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le

fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer ninguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dixo: sábeta, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra: sábeta, que la fortaleza de Camila está ya rondada y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme, y ver si eran con propósito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he comenzado: i creí ansimesmo que ella, si fuera la que debía y la que entrámbos pensámbos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado, de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhas.

jas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila) ; y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento ; y así ya que en todo, ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos, ó tres dias, como otras veces sueltas, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos y yo por los míos lo que Camila quiere : y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion, podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oír, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de

Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dixo : tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad, en todo he seguido tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometiéndoselo Lotario, y en apartándose del, se arrepintió totalmente de quanto le habia dicho, viendo quan neciamente habia andado, pues pudiera el vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, acababa su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para darle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que le podia hablar, le dixo : sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla, si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galán suyo en esta casa, y se

caía con él hasta el día, tan á costa de mi crédito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decía, creyó Lotario que era artificio para desmentille, que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse, y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo este respondió á Camila, que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixo asimesmo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le habia puesto. Espantáre quedó

Camila de oir lo que Lotario le decía, y con mucho enojo y muchas discretas razones le riñó y alzó su mal pensamiento, y la simple y mala determinación que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando, quando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo á Lotario, que procurase que otro día se escondiese Anselmo donde decía, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad, para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido, él viese quando Leonela le llamase, y que á quanto ella le dixese, le respondiese como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porió Lotario, que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dixo Camila, que no hay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare, uo



queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y sigüese, ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la diéron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar, que tendria el que esperaba ver por sus ojos, hacer notomia de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela, que Anselmo estaba escondido, entráron en la recámara, y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, quando dando un grande suspiro, dixo: ¡ay Leonela amiga! ¿no sería mejor que ántes que llegases á poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorhario, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y passases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena

culpa. Primero quiero saber, que es lo que vídron en mi los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme una tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel quanto honrada mia. ¡Ay, señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y que es lo que quieres hacer con esta daga? ¿quieres por ventura quitarte la vida, ó quitársela á Lotario? que qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre aborra en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá ántes que tu pongas en execucion el tuyo, hará el lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo que tanta mano ha querido dar á este desnuda caras en su casa:

y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿que hemos de hacer del después de muerto? ¿Que, amiga? respondió Camila: dexarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su mesma infamia. Llámale, scaba, que todo el tiempo que tardó en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decía, se le mudaban los pensamientos; mas quando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse; porque tal cosa no se hiciese; pero detúvovle el deseo de ver en que paraba tanta gallardía y honesta resolución, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una rama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad! con otras cosas

á estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dixo: ¿porque no vas, Leonela, á llamar al mas leal (re) amigo de amigo que vió el sol, ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguja, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mía, dixo Leonela, mas házme de dar primero esa daga, porque no liagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tí parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia; yo moriré, si muere, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar su atrevi-



UNIVER

NOMIA D

ÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



mientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvía, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: ¡válame Dios! no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala; si quiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo, pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que él no acudiré al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que de puro bueno y confiado, no quiso, ni pudo creer que en el

pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo créi después por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto que las manifestar dadas, y las largas promesas, y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas para que hago yo ahora estos discursos? Tiene por ventura una resolución gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto. Afuera pues traidores, aquí venganzas (1): entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y quando mucho saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo: y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos

(1) Así las primeras ediciones y las demás; pero en el original se dice: *entre el falso, venga, muera, acabe, y suceda lo que sucediere.*



UNIVERSIDAD

ÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



tapicera donde se había escondido, y de todo se admiraba, y ya lo parecía que lo que había visto y oído, era bastante satisfacción para mayores sospechas: y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de (gg) algún mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvió con Lotario de la mano; y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, lo dixo: Lotario, adviérte lo que te digo: si á dicha te atrevieses á pasar desta raya que vea, ni aun llegar á ella, en el punto que vieres que lo intentas, en ese mesmo me pasare el pechlo con esta daga que en las manos tengo: y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en que opinion le tienes, y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No

era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieron los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad, y así respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas léjos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. Á ti te conozco y tengo en la mesma posesion que él te tiene, que á no ser así, por menos prendas que las tuyas, no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y



UNIVERSIDAD DE SEVILLA. DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso o enemigo como el amor, por mi compaña y violada. Si eso confesara, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te deberas mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravia? Pero ya cayo; ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desvoladura mia, que no quiero llamarla de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no dime, quando, ó traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal, que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? Quando tus amorosas palabras no fueron desluchas y reprehendidas de las mías con rigor y con aspereza? Quando tus anchas promesas y mayores dádivas fuéras de mi creidas ni admitidas? Pero

por

por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mi culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo, que algun descuido mio engendró en ti tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo, quizá seria mas pública mi culpa; pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, riendo allá donde quiera que

11.

2

4



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

AUTÓNOMA DE AVTO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

fuese la pena que da la justicia desahucrada, y que no se dobla al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza, para estorbar que Camila no le diese: la qual tan vivamente fingia aquel extraño empuje y fealdad (1), que por darte color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dixo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo desseo, á lo ménos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guizando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, so la

(1) Este es un verso de ingenua que se leen en las ediciones: páese que debe decir fealdad, en lugar de fealdad.

entró y escondió por mas arriba de la sillita del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término: y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera, le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pediale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de

aquella herida de su señora, si acaso viesese antes que estuviere sana. El respondió que dicesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese, solo le dixo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y quando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba quan enterado habia de quedar Anselmo, de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaron á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose

cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle, para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la qual le dixo que no se lo dixese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitarle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que la parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar que decir á Anselmo de la causa de aquella herida que él no podia dexar de ver: á lo que Leonela respondia que ella, ni aun burlando, no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, que tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en menfiroso cuenta. No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré que le digamos y quizá, que por

ser la herida donde es, se podrá encubrir, sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan huérfanos pensamientos. Sostégate, señora mía; y procura sostegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada: y lo demas dexálo á mi cargo y al de Dios que siempre acude á los buenos deseos. Avenüamo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan extraños y eficaces afectos (aa) la representáron los personajes della, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengañio de la bondad de su esposa. Tuviéron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perderla salió, y luego fué á buscar á Lotario, el qual hallado, no se puede bienamente contar los ahazos que le dió, las cosas que de su contento le dixo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo qual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna

alegría, porque se lo representaba á la memoria quan engañado estaba su amigo: y quan injustamente él le agraviaba: y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dexado á Camila herida y haber él sido la causa, y así entre otras razones le dixo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirela á él, y que segun esto, no habia de que temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acórtaria descarse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos, que en hacer versos en alabanza de Camila, que la liciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dixo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mesmo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con

alma risueña. Duró este engaño algunos días, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

FIN DEL TONO TERCERO.

VARIANTES

DE ESTE TOMO TERCERO.

Las letras puestas entre parentesis corresponden á las que van espaciadas por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichas letras.

(a) Pag. 6. Yo he oído predicar al Cura de nuestro Lugar, que vuestra merced bien ríenose. *La segunda*: yo he oído muchas veces predicar al Cura de nuestro Lugar, que vuestra merced muy bien conoce.

(b) Pag. 24. Por no reventar riendo. *La segunda*: por no reventar ríendo.

(c) Pag. 50. Lo que yo veo y columbro. *La segunda*: lo que veo y columbro.

(d) Pag. 38. Y sus la malencolía. *La segunda*: y sus la malencolia.

(e) Pag. 35. Dícenlo, habiéndose despedido de los dos; que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida. *La segunda*: decéndole (habiéndose despedido de los dos) que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida.

(f) y (g) Pag. 41 y 46. Asegúrale la doncella que no puede haber tanta cortésia, gentileza y valentía como en la de su caballero, sino en subgeto Real y grave. *La segunda*: asegúren la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUCARON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ducella que no puede haber tanta cortesía..... sino en *negro Real y grave*.

(b) Pág. 50. *Díjole las de decir. La segunda: diendo: has de decir.*

(c) Pág. 51. *El le respondió. La segunda edición de 1568 dice: el respondió.*

(A) Pág. 72. Viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela. *La segunda: Viéndose tratar mal y de aquella manera, hizo del ojo á sus compañeros, y apartándose á parte, comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre Don Quixote, etc.*

(e) Pág. 73. *Le quitó la bacia de la cabeza, y dióle con ella tres ó quatro golpes. . . con que le hizo pedazos. La segunda: con que le hizo casi pedazos. Con la palabra casi añadida en la segunda edición se evita la inconsecuencia, en que de otro modo incurriría Cervantes, pues en el capítulo XXV de esta primera parte, pág. 125 dice Don Quixote que el galeote desagradoado quiso hacer pedazos el reino de Mabrino, pero no pudo, y en el cap. XXXVII de la misma parte, pág. 14 dice que salió Don Quixote con el yelmo, aunque añallado en la cubierta.*

(f) Pág. 80. *Ha tras su amo sentado á la muger que sobre su yumento, sacando de un costal y embullando en su pama. La segunda: ha tras su amo cargado con todo aquello que había de cargar el rucio, sacando de un cos-*

tal y embullado en su pama. Envió Cervantes en esta segunda edición el rucio que tuvo en la primera, pues habiendo dicho, que Passamonte la noche ántes había robado el rucio á Sancho, á pocos renglones dice, que iba sentado sobre su yumento.

(e) Pág. 80. *Pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apesee á tomarlos. Véase la var. h.*

(f) Pág. 85. *No quedés arrepentida de lo que heciste. La segunda: de lo que hiciste.*

(g) Pág. 87. *Mandó á Sancho que se apesee del asno, y á sujec por la una parte de la montaña. Véase la var. siguiente.*

(h) Pág. 89. *Signifíle Sancho con su acostumbrado jumento. La segunda: signifíle Sancho á pie y cargado, merced á Gineallo de Passamonte. Aquí vuelve á corregir Cervantes en la segunda edición el olvido de la pérdida del rucio de Sancho; pero todavía se descuidó en emendarle en dos pasages ántes de este: el uno en la pág. 80 var. e, y el otro en la pág. 87, var. g. También se olvidó en la pág. 115, var. m.*

(i) Pág. 94. *La sirrazon que me heciste. La segunda: la sirrazon que me hiciste.*

(k) Pág. 109. *Comencé á temer, y á ruermarme del. La segunda: comencé á temer, y con raxon á ruermarme del.*

(l) Pág. 115. *Al qual ya había venido el accidente. La segunda: Al qual ya había venido el accidente.*

(m) Pág. 115. *Mandó á Sancho que le signifíe, al qual lo hizo con su yumento de muy mala gana. Véase la var. h.*



UNIVERSIDAD DE SEVILLA. INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS DE ECONOMÍA DE SEVILLA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(j) Pág. 119. Entiende con todos tus cinco sentidos. *La segunda*: entiende con todos cinco sentidos.

(k) y (l). Pág. 120. Para semejantes efectos... En efecto. *La segunda*: para semejantes efectos... en efecto.

(m) Pág. 127. Mis continos y profundos suspiros moverán á la ceñosa las hojas destas montaraes arboles. *La segunda*: mis continuas y profundos suspiros moverán á la continua estos montaraes árboles.

(n) Pág. 151. Se me resuelve el alma, no que el estómago. *La segunda*: se me resuelve el alma, no y quitado más el estómago.

(o) Pág. 156. Ella se ríe y entárase del presente. *La segunda*: ella se ríe y, ciñárase del presente.

(p) Pág. 158. Las Amarillas, las Fíles, las Silvias, las Dianas, las Galatas, y las Albias y otras tales. *La segunda*: Las Amarillas, las Fíles, las Silvias, las Dianas, las Galatas y otras tales.

(q) Pág. 159. Las lingen por dar sujeto á una version. *La segunda*: las lingen por dar sujeto á una version.

(r) Pág. 161. Digamela vuestra merced, que me bolgaré mucho de oilla. *La segunda*: digamela, que me bolgaré mucho de oilla.

(s) Pág. 119. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos de Agosto deste presente año. *La segunda*: Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y siete de Agosto deste presente año.

(y) Pág. 148. Amadís en las matancas. *La segunda*: Amadís en las matancas.

(z) Pág. 148. Por las señas que halló en la fuente. Las primeras ediciones dicen: en la fortuna, la de Londres enmendó: en la floresta. Pero de entrambos modos está mal, y debe decir: en la fuente, como consta del cap. anterior xxv. pág. 149, lib. 4.

(A) Pág. 158. Salicudo al camino real m puse en busca del Toboso. *La segunda*: se puso en busca del Toboso.

(B) Pág. 158. Iniciaron el escrutinio y acto general de los libros. *La segunda*: hicieron el escrutinio y acto general de los libros.

(C) Pág. 159. Haber pedido de una mano á otra en un instante tres pollinos. *La segunda*: en un instante.

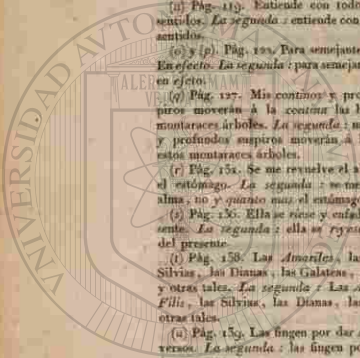
(D) Pág. 183. La ha cumplido mas en su gusto que en nuestro provecho. *La segunda*: la ha cumplido mas en su gusto, que en nuestro provecho.

(E) Pág. 183. El confuso pensamiento y confesion mudable de una muger. *La segunda*: el confuso pensamiento y confesion mudable de una muger.

(F) Pág. 197. Lo que se dirá en la quarta parte desta narracion. En el capítulo siguiente que es el xxviii, comienza la quarta y última parte de las quatro en que Cerrantes dividió el tomo primero. Véase el prólogo número 1. tom. 1.

(G) Pág. 208. Le venia aquel accidente de locura. *La segunda*: aquel accidente de locura.

(H) y (I) Pág. 215 y 217. No han de ser de



ningun efecto tus fuerzas... En efecto él se fue.
La segunda: de ninguna efecto... en efecto.

(s) Pág. 218. En vano me causé en sollicitallo.
La segunda: en vano me causé en sollicitalle.

(t) Pág. 219. Se atropellaron respectos. La
segunda: se atropellaron respectos.

(u) Pág. 222. Habia hablado de casa de mi
padre. La segunda: habia hablado de casa de
mi padre.

(v) Pág. 225. Siendo subgeto tan bajo. La
segunda: siendo subgeto tan bajo.

(w) Pág. 225. Tuve por mejor inconveniente
detalle y ascenderme. La segunda: tuve por
menor inconveniente detalle y ascenderme.

(x) Pág. 225. Mis fuerzas ó mis disculpas. La
segunda: mis fuerzas ó mis disculpas.

(y) Pág. 226. En las primeras ediciones, y en la
de Londres el epigrafe que correspondia al capitulo
xxxix se puso el xxx; y el de aquel fuste,
por lo que en esta edicion (de la Academia) se ha
puesto cada uno en el lugar que le corresponde.

(z) Pág. 231. Por que causa fui su question.
La segunda: su question.

(a) Pág. 234. El mi buen compatriota. La
segunda: el mi buen compatriota.

(b) Pág. 248. Ora tenga valor ó no. La segunda:
ora tengo valor ó no.

(c) Pág. 250. El epigrafe de este capitulo xxx,
en las primeras ediciones y en la de Londres
dice: Que trata del gracioso artificioso y orden
que se tuvo en sacar á nuestro enamorado
caballero de la asperísima penitencia; en que
se habia puesto. Pero este corresponde al capí-

tulo antecedente, como se ha advertido en la
var. o.

(v) Pág. 269. ¿No sabeis vos gañar, laquin-
belitre? La segunda: ¿no sabeis vos laquin-
belitre?

(x) Pág. 277. No fueran menester tantas pala-
bras. La segunda: no fueran menester tantas
palabras.

(y) Pág. 281. Querian detentarse á beber en
una fontecilla. La segunda: en una fuente-
cilla.

(z) Pág. 284. En efecto él me paró tal. La
segunda: en efecto él me paró tal.

(aa) Pág. 286. Quisiera tener agora con que
llegar á Sevilla. La segunda: quisiera tener
ahora con que llegar á Sevilla.

(ab) Pág. 289. En el mismo caramanchon.
La segunda: en el mismo caramanchon.

(ac) Pág. 298. Si me fuera licito agora. La
segunda: si me fuera licito agora.

(ad) Pág. 313. El error de su secta. La se-
gunda: el error de su secta.

(ae) Pág. 313. Ha de ser tiempo gastado. La
segunda: ha de ser tiempo mal gastado.

(af) Pág. 320. La muger es animal imperfecto.
La segunda: la muger es animal imperfecto.

(ag) Pág. 321. Es de vidrio la muger. La
segunda: es de vidrio la muger.

(ah) Pág. 325. Los defectos que se procura.
La segunda: los defectos que se procuran.

(ai) Pág. 328. Una estatua de mármol, no que
un corazón de carne. La segunda: una estatua
de mármol, no un corazón de carne.



(181) y (182) Pág. 352 y 354. En efecto. La segunda : en efecto.

(182) Pág. 348. Como el sujeto merece. La segunda : como el sujeto merece.

(183) y (184) Pág. 350 y 351. Si en efecto... quedase imperfecta la obra. La segunda : si en efecto... quedase imperfecta la obra.

(185) Pág. 363. Porque no vas, Leonela, á llamar al mas íntimo amigo que vió el sol? La segunda : ¿ Porque no vas, Leonela, á llamar al mas íntimo amigo de amigo que vió el sol?

(186) Pág. 366. Ya quisiera que la prueba de venir Lotario saltara, temeroso de algun mal repetitivo suceso. La segunda : ya quisiera la prueba de venir Lotario, aunque temeroso de algun mal repetitivo suceso.

(187) Pág. 374. Tan extraños y efímeros afectos. La segunda : tan extraños y efímeros afectos.

LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

CAP. XX. De la jama vista ni oída aventura, que con un poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quizote de la Mancha. Pág. 1

CAP. XXI. Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Manbrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero. 29

CAP. XXII. De la libertad que dió Don Quizote á muchos devchidos, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir. 53

CAP. XXIII. De lo que le aconteció al famoso Don Quizote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan. 74

CAP. XXIV. Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena. 97

CAP. XXV. Que trata de las extrañas cosas, que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Belzebros. 115

CAP. XXVI. Donde se prosiguen las fiestas, que de enamorado hizo Don Quizote en Sierra Morena. 147

CAP. XXVII. De como salieron con su intención el Cura y el Barbero, con otras cosas

dignas de que se cuenten en esta grande historia.	186
CAP. XXVIII. Que trata de la nueva y agrandable aventura, que al Cura y al Barbero sucedió en la mesma Sierra.	197
CAP. XXIX. Que trata del gracioso artificio y burlas, que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.	226
CAP. XXX. Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.	259
CAP. XXXI. De los subrosos razonamientos, que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza en su culetero, con otros sucesos.	270
CAP. XXXII. Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quixote.	288
CAP. XXXIII. Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.	301
CAP. XXXIV. Donde se prosigue la novela del Curioso Impertinente.	309



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

